













# Memorias de extraños seres que no se acostumbraron a la Tierra

Sir Brenda Mítchelle obtuvo la mención honorífica en el género de cuento del Certamen Estatal de Literatura “Laura Méndez de Cuenca”, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través de la Secretaría de Cultura y del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2016. El jurado estuvo integrado por Alonso Guzmán, David Coronado y Amelia Suárez.

*Leer para lograr en grande*

COLECCIÓN LETRAS



narrativa

SIR BRENDA MÍTCHELLE

Memorias de extraños  
seres que no se  
acostumbraron a la Tierra

**foem**  
FONDO EDITORIAL ESTADO DE  
MÉXICO



GOBIERNO DEL  
**ESTADO DE MÉXICO**

Eruviel Ávila Villegas  
Gobernador Constitucional

Elizabeth Vilchis Pérez  
Secretaria de Educación

Eduardo Gasca Pliego  
Secretario de Cultura

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Elizabeth Vilchis Pérez,  
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego,  
Luis Alejandro Echegaray Suárez

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio  
Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

*Memorias de extraños seres que no se acostumbraron a la Tierra*

© Primera edición: Secretaría de Educación y Secretaría de Cultura del Gobierno del Estado de México, 2017

DR © Gobierno del Estado de México  
Palacio del Poder Ejecutivo  
Lerdo poniente núm. 300,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México.

DR © Ciudad Deportiva “Lic. Juan Fernández Albarrán”,  
Deportiva núm. 100, colonia Irma Patricia Galindo  
de Reza, C.P. 51350, Zinacantepec, Estado de México.

© Brenda Mitchelle Soberanes López

ISBN: 978-607-495-571-2

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
[www.edomex.gob.mx/consejoeditorial](http://www.edomex.gob.mx/consejoeditorial)  
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal  
CE: 205/01/20/17

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

*A todos mis libros...  
pero en especial a aquel de mitología griega  
que leía y leía cuando pequeñita.*

*A ti, preciosísima madre, la abogada y la innegable hechicera,  
por presentarme al mar como mi padre, por la casa de tierra,  
por la conciencia y la aceptación de mi diferencia;  
por permitirme y entregarme, desde el vientre,  
esa llama incontenible que arde, arde y que me calienta  
y me “aluza” y me facilita el andar en ésta, muy extraña,  
muy ajena tierra...*

*Por tu amor y tu magia a mansalva,  
María-hermana-madre. A ti, siempre...*

*A todos ustedes, todos que son tantos, por las muchas,  
variopintas, innegables señales  
y a su enteramente bien correspondido amor.  
Gracias por no abandonarme.*

*A ti... que lees, sabe que mientras escribo esto ya te atisbo.*



## Prólogo

Hay personas que deben conocerse de manera extraña, de tal forma que despierte la sospecha sobre si el azar o lo maquiavélico ejercieron su voluntad para hacer posible el primer encuentro; pero hay personas que tienen la virtud de hacer una aparición en nuestras vidas aún más perturbadora. Con el paso del tiempo tengo la certeza de que Brenda Mítchelle es la primera de esas personas, de tal forma que conocerla tiene que ser, por obligación cósmica, bajo una atmósfera donde el misterio y la psicopatía sean parte de la tarjeta de presentación. Y qué mejor forma de hacerlo que con su creación literaria contenida en estas páginas.

El candor que posee lo prolonga en sus letras, en sus personajes habita un poco de esa mirada peculiar que ella pone cuando discute sobre los muralistas mexicanos posrevolucionarios; sus atmósferas

tienen el halo de seducción y horror con el que crea a “Sangre”;<sup>\*</sup> la forma en que entrelaza los acontecimientos para desarrollar el relato es semejante a cuando conversa sobre filosofía, religión y escuelas raras; la voz de sus personajes logran generar estados hipnóticos como los que ella produce al escucharla hablar con pasión sobre el mundo que la abrumba y al que desplaza con gracia y facilidad.

Leer sus cuentos es entrar en universos de ficción que sorprenden constantemente. Uno se vuelve protagonista en una historia donde, a partir de visitar una casa “tan normal”, el deseo de libertad se convierte en un impulso sin freno. Da la oportunidad de ser un voyerista y mirar las represalias aplicadas por una niña que, ante las acciones pasivas de su ratón, conoce la rabia. De testificar cómo se construye una historia de amor en la que, sazonada por Sabina, Serrat, Cortázar, la vida pasa sin miedo. Permite escuchar los pensamientos de un hombre en edad avanzada y un espejo que le rebota más que su imagen.

La literatura de Brenda es caótica, no por su construcción sino por su efecto, cada palabra hilvanada en el relato impide que el lector pueda prever el recorrido de la historia, los elementos se van sumando y, así como en el caos, el final llega no sin antes provocar una sacudida o estremecimiento.

Las palabras de Brenda atrapadas en grafía reflejan a la autora; los cuentos son tenazmente planificados, pero ejecutados con tal frescura que en ninguno cabe el artificio; su peculiar forma de ver el mundo empapa la mirada de sus personajes, cada uno de ellos cautivan, invitan a acompañarlos en los relatos sin pausa o tregua.

---

<sup>\*</sup> Personaje al que le da vida en *Festival del terror*.

En los giros de cada relato, si uno pone atención, podrá oír la risa de Brenda, sabe que el efecto que busca se logra, por eso está escrito, por eso su sonrisa.

Hay que conocer a Sir Brenda Mítchelle, por sus letras, por sus muchos mundos, por lo siniestra y bizarra que puede ser. Ésta el libro en sus manos es una afortunada oportunidad.

LUIS SANTILLÁN



## De madera

Toco su cabello rubio natural, hirsuto. Miro sus ojos azules, él también me está viendo, lo siento. Nos reconocemos. Me recuerda en algo a los santos dolientes de las iglesias católicas a los que tanto temo. Va vestido con una suerte de traje antiguo hecho de terciopelo rojo, ajado, roto, con orillas color oro. Tiene una mano extendida y la otra en algún tiempo sostuvo algo que le fue arrancado, lo sé porque aún conserva la posición como si nunca hubiera podido aceptar el arrebato. El tronco es irreal de tan largo, desproporcionado. En todo es una imagen que recuerda a los Cristos que hay en los templos. Hoy, a este tiempo en que nos vemos, en lugar de los pies tiene dos pedazos de madera que terminan en punta, de las manos y las piernas largas se desprenden hilos negros que terminan en una cruz de madera muy antigua y casi negra. La cara

está tallada, la nariz es larga y afilada, la boca es pequeña. Roja. Estoy pensando en los cuadros del Greco de los que parece provenir mientras entre mis brazos lo sostengo...

—Suelta eso. Está todo mugroso, te va a pegar algo. Quién sabe en qué lugares ha estado.

Quiero al muñeco. No como un capricho infantil, más bien es como si él también quisiera estar conmigo, como una suerte de destino, de almas que se reconocen a través del tiempo en el camino.

—¿Cuánto cuesta?

Tal vez dijo \$350.

Él estaba recostado. Me acerqué porque mi madre me llamó para que viera un cuadro, pero caminé atraída hacia lo que estaba en el piso, entre los jarrones de cristal, las llaves que abren grandes chapas, las monedas y los gritos. En un puesto de antigüedades en el mercado de pulgas de la San Felipe que es más bien un tianguis. Entre puestos de lonas rosas, amarillas, naranjas. Entre gritos de personas que ofrecen, que discuten, regatean, que venden. Entre el olor a suciedad, a frutas, al de un puesto de tacos que llega desde lejos, a escape de carros y un hedor vago de vagabundo orinado. No traigo dinero.

—¿Me prestas para comprarlo?

— No. ¿Cómo crees? Deja eso ahí.

En el fondo puedo sentir el miedo de mi madre. Éste es un títere muy antiguo. Con una historia que yo no conozco y tal vez no sepa nunca. Está triste, está cansado. Pero es imponente a la vista, tiene una expresión poderosa, pero quizá lo que más llama la atención es el cabello. Ella no quiere que lo tenga porque no quiere tenerlo cerca.

—Si el muñeco es para mí, al final va a estar conmigo —mientras lo dejo le digo.

Regreso a la casa de mi abuela. De lunes a viernes asisto a una escuela de actuación en la colonia Narvarte por la tarde y tomo un diplomado por las mañanas. También voy a un café que se llama La Tertulia en honor a la aspiración del dueño que tiene alguna suerte de retraso mental funcional y le dicen “Pablito”. Entre una y otra y a la salida del instituto, me reúno a jugar ajedrez, platicar, tomar café y fumar con gente que me pasa la edad por mucho. Tengo 18 años, no soy de gustos de gente de mi edad y tampoco de niña tuve los de otros niños, siempre me he llevado mejor con gente más grande. Entre estas personas hay un sociólogo de cuarenta y tantos, el dueño entre los cincuenta y un hombre de unos setenta años que casi rasga los ochenta, lleva lentes, me mira siempre por encima de ellos maliciosamente con la cabeza gacha y cuando lo veo no puedo dejar de pensar en un buitre, la espalda es encorvada, y se le saltan los huesos entre una piel adelgazada por los años, alto, cabello cano, nariz fea y curva que recuerda al pico de un ave carroñera de un ingeniero venido a mucho menos. Es él quien me pide acompañarlo al cajero de avenida Xola para regalarme el dinero necesario. Yo sólo mencioné mi asunto con el muñeco en la mesa en que jugábamos ajedrez y en que también estaban el sociólogo, el dueño y la mujer que insiste en tener una relación con él, y que pese a las negativas de éste insiste en ser amiga de sus amigos que no la quieren de amiga y en comer diario en su hora de comida una incipiente chapata que no puede llenarla. En realidad en la mesa no pedí nada (“si el muñeco es para mí, al final va a estar conmigo”). Pero ahora está entregándome el dinero. No me niego, Ten cómpratelo, me dice.

Es sábado y traigo el dinero en la bolsa con cierre de la chamarra, de cuando en cuando la palpo para corroborar su existencia. Atravieso puestos y rebaso señoras con escaso sentido del tiempo, ajenas a mi prisa, ignorantes de que me espera el muñeco. Llego al puesto, lo identifico por los cuadros, la vez anterior fijé el nombre de la calle en la memoria. No está. Siento un vacío en el estómago.

—¿Cuál muñeco?

La señora que me responde tiene una esencia extraña, agresiva.

—El títere que tenía acostado aquí la semana pasada, el de cabello rubio.

Ah, sí. No puedo descifrar el gesto, ¿Para qué lo quieres?, Me gustó, vengo desde lejos solamente por él, ¿Todavía lo tiene? No sé por qué insisto en llamarlo “muñeco”, Sí... ¿Y qué estudias?, la miro, Actuación, respondo, Ah (silencio) ¿Cuántos años tienes?, 18, le digo, El títere te escogió, has de ser muy especial, porque no se va con cualquiera (lo sé, pero bajo la cabeza. No quiero que me vea ningún atisbo de orgullo en el rostro porque pienso que con cualquier falso puedo perderlo), Déjame traerlo, termina. Siento en el estómago la mezcla de emociones. Mete al muñeco en una bolsa de plástico negra, es una bolsa de basura. Y me lo entrega, Cuidalo mucho, me encomienda, le doy el dinero, Cuidalo mucho, repite y se persigna. Le sonrío y con voz infantil agradezco. Me alejo. Rápido para que no se arrepienta.

Mientras camino por el mercado lo saco de la bolsa, y lo abrazo, lo giro para que sienta su libertad en mis brazos y vea desde ellos el mundo. La gente voltea, lo ve. Lo comentan. Yo soy incapaz de negar la existencia del poderío de este “muñeco”.

Voy con “Valjean” a la casa. “Valjean”, sí, le doy su nombre en el camino. En el transporte que me lleva a la casa de mi familia. Porque es como él. Es como Jean Valjean, el nombre me viene de las entrañas, de lo que no entiendo, del encuentro en nuestras respectivas soledades, lo veo a la cara tallada y le digo que así se llama, lo nombro. A partir de ahora puedo llamarlo. Conjurarlo. Lo que sigue es borroso.

Un día. Llego a la casa, mi primo que duerme conmigo está en la sala. Siempre ha sido de carácter débil y no muy listo, en su expresión hay algo distinto, desencajado, Te juro por mi madre que vi una sombra subir por las escaleras a la recámara, y cuando subí estaba el muñeco en tu cama, dice y lo miro extrañada, Llévatelo por favor, me pide, pero francamente yo no puedo llevármelo, el muñeco tiene que estar conmigo y yo temporalmente aquí vivo desde hace pocos meses. Entonces aquí vivimos.

Otro día. Llego a la casa. Normalmente llego en la noche, después del ajedrez. Valjean está sentado en el sillón con una expresión que soy incapaz de explicar, pero que parece una mezcla de extrañeza, de fastidio y de burla. Mi tía alterna el rocío de agua bendita con versos bíblicos extraídos de una biblia antigua y rota en partes que sostiene con la mano derecha, ¿Qué le haces?, pregunto molesta, Le estoy echando agua bendita, porque está bien feo tu muñeco, dice Luisito que vio una sombra y yo soñé con él en la noche. Su hijo. Mi primo de 25 años que se la pasa en la casa sin hacer algo de provecho. Ellos temen al muñeco porque es mi protector. Los ahuyenta. Aleja de mí a la gente que me ha lastimado.

Entonces decido que me llevaré a Valjean conmigo todos los días. La gente no puede evitar voltear en la calle. Valjean es de lo

que no puede explicarse. A él parecen gustarle los niños. Pero tiene un halo de maldad extraño. Duermo con él y despierto cada cierto tiempo sobresaltada e inmediatamente tengo que voltear a verlo, para corroborar que sigue ahí, que no se ha movido, que no se ha ido. Que no está detenido a un lado de la cama mirándome fijamente, o mirando fijamente al imbécil de mi primo y que luego tenga yo que pagar por ello. Que su cabeza no está girada hacia mí, que no sonrío y me enseña los dientes que no he visto. Pero tampoco puedo tenerlo lejos. Todo el tiempo me debato entre el miedo de tenerlo cerca y el apego, como si pensara que si me le separo lo que pase será poderosamente más agresivo.

Lo llevo al diplomado, lo siento en mis piernas a escuchar la clase, viajamos en metro. De Zapata a Centro Médico y la gente, la gente lo va viendo. Llegamos. Lo siento en una silla mientras bebo café y juego ajedrez con el dueño. En realidad por pasar el tiempo porque normalmente él queda sólo con el rey corriendo inútilmente casilla por casilla con todas sus piezas acomodadas por mí a mi lado derecho. Esperando a que me lo coma, al jaque mate, mientras estamos en esto pasa el hombre-buitre camino a la oficina y le enseño al muñeco. Se están viendo. Se caen bien. Lo sé. Me parece que Valjean se sonrío. Como todas las expresiones que Valjean tiene no es una sonrisa clara, como no son claros el coraje, ni la tristeza, ni el cansancio. Es algo que tiene y se siente, y también es visible pero me parece que desde un lugar distinto, humano. Es un cambio minúsculo en la expresión de madera, ligerísimo. Como cuando una persona de carne y huesos se enoja y el ambiente se densifica.

Pienso que Valjean me eligió porque fue pensado para la escena. Es un títere. Lo llevo a la escuela de actuación, provoca una

mezcla de admiración, extrañamiento y miedo, tenemos ensayo en el teatro del instituto. Coloco a Valjean en una de las butacas del centro, desde donde puede verlo todo, terminamos de ensayar hora y media después y no lo veo sentado, camino hasta la fila de butacas, el muñeco no está. Me recorre un escalofrío. Me asomo debajo. Una fila más adelante está el muñeco, tirado. Como si hubiera querido acercarse al escenario.

Sueños intranquilos, ruidos, sobresaltos.

Pasan días y nada con él pasa. Estoy en la oficina del hombre-buitre, antes fueron el café y el ajedrez, a decir verdad nunca me he llevado bien con mi familia, a decir verdad me han lastimado y no ansío nunca la vuelta. Entonces al hombre se le ocurre invitarnos a su oficina, sólo han quedado su hijo y un amigo pero el amigo se despide, digo que me voy y me convencen de la estadía. El hijo del buitre flirtea conmigo, trata de seducirme y adivino la rabia en sus ojillos tras los anteojos. Estoy en la oficina de este hombre borracho, estamos platicando, cierra la puerta, trata de besarme, me niego, ha estado tomando directo de la botella y es que la edad no le permite ingerir tanto para retardar el quedar borracho.

Dionisios de pequeño, encuentra la vid, es apenas una plantita, la pone en hueso de pájaro que crece mientras camina, ya no cabe, la cambia al de un león, al de un burro. Los hombres con el vino, al principio son alegres y cantan, siguen tomando y se ponen agresivos, pelean, siguen y se ponen necios, este hombre está en la segunda fase. La explicación son los huesos. En esta etapa desarrolla una fuerza impresionante. Es un león. Me toma por los brazos delgados y me avienta al sillón grande detrás del escritorio, estamos luchando, intento quitarlo, intenta quitarme la ropa, lo aviento,

grito, llego hasta la puerta, me tapa la boca, lo aviento, grito, el hijo está afuera y no viene a abrir la puerta. ¿Cuál es el juego que sólo ellos saben y juegan? El muñeco está en el otro sillón, donde lo dejé sentado, entre todo el forcejeo me topo con sus ojos azules y parece disfrutarlo. Algo se me nubla, algo no entiendo. ¿No debía, como Valjean a Cossete protegerme? ¿No nos encontramos para eso? Pateo la puerta. Este hombre se desespera y la abre con una fuerza que me sorprende, me avienta. Corro al sillón en que están mis cosas, las tomo y salgo corriendo, corro por las calles de la Narvarte y el hombre me sigue detrás. Balbucea disculpas, grita que me espere, corro y no me importa que pasen los carros rozando, quiero perderlo, que lo atropellen si es necesario. Quiero llegar al departamento de una amiga que vive cerca, sobre Obrero Mundial. Traigo al muñeco en el brazo, estoy gritando, sale una vecina que se horroriza porque no entiende nada. Desde su perspectiva: un anciano borracho persigue a una jovencita, la jala, ella grita. Y la vecina desaparece tras su puerta.

Yo lloro y grito el nombre de mi amiga, traigo un títere horrible en los brazos, la madrugada cobija la escena. Ella, mi amiga, sale, está asustada, abre con la llave la reja y me deja pasar. El buitre está llorando, Valjean tiene una mueca de placer en el rostro. Tras de mí ella cierra la reja y entro. Lo demás se lo explico adentro, mientras escuchamos el llanto del anciano que se va perdiendo.

Sueño. El títere de un hombre muy viejo llora sobre el tejado de una casa de adobes, yo estoy adentro. Despierto. Aquél, el del sueño, es un llanto desconsolado que atraviesa mi memoria hasta este tiempo, una mezcla extraña de Valjean y del buitre.

Mi madre es amiga de una mujer y la acompaño a verla. Valjean viene conmigo, ella y su amiga quieren cargarlo, les llama la atención. La mujer lo carga y de algún modo él se arregla para que la mano de madera quede sobre el sexo de ella. La mujer se lo hace notar a la amiga, quita la mano del muñeco las tres veces en que se las arregló para que volviera a quedar en el sitio / Me remuevo entre el sueño, desde que tengo al muñeco / Mi madre me lo pide para llevarlo con una modista, para que le haga “trajecitos”. Lo tiene 15 días. Vamos por él y la mujer dice que el muñeco le dijo los colores de su ropa, que es un travieso dice, que está vivo, que lo cuidemos mucho, que lo va a extrañar, que él ya quería irse / Mi madre vive en una casa lejos de mí, he dejado a Valjean con ella. Tengo una sensación extraña. Me aterra que el teléfono suene y me digan que ha muerto en condiciones extrañas. Un accidente en el carro, una caída en la casa, que la encontraron en la carretera que la lleva a su trabajo...

No puedo dormir. Tengo un mal presentimiento.

Le corté el cabello para ponerle la peluca para que se viera mejor, pero sentí como si se desmayara cuando se lo estaba cortando, como si se desmadejara, yo creo que ya descansó, pobrecito. Eso dijo mi madre cuando aterrada miré al muñeco con una peluca roja de cabello artificial de las que ella usaba para ponerse en la cabeza y encima le hizo una trenza francesa. Valjean dejó de ser lo que era. Era un muñeco más, un títere cualquiera. Sí hubo una muerte aquella noche. Ella ganó la batalla, tal vez desde antes percibía algo. Toda la rabia, toda la tristeza, las ojeras sobre el rostro de madera habían desaparecido. Se veía ridículo con esa peluca roja, ya antes le había

restado poder con la ropa y ahora él había desaparecido. Valjean se había ido. Y no lloré, no pude llorar por él.

Le conté después la historia a un amigo que hacía títeres por no tener el valor de enfrentarse a un escenario desde sí mismo, resentido con el mundo y la vida, que al andar se balanceaba por una lesión en la cadera que se agravó con los años y que se hizo en un ensayo de una obra de teatro, que se quejaba constantemente del estado de cosas, de los muchos dolores. Dijo que lo llevaría al escenario y me pareció la mejor idea pese a que no la creí del todo. Sabía de su tendencia a meterse el pie, a abandonar las cosas, al aletargamiento y aun así entregué al muñeco. Me pidió que le desprendiera la cabeza del resto del cuerpo, para sacar los moldes, dijo. Entonces lloré mientras lo hacía. Las lágrimas se desprendían y entre la tela blanca de su cuerpo iban cayendo, lo traspasaban, se fundían. Dijo que lo dejara cuando vio lo de las lágrimas, que él iba a terminar solo y lo iba a llevar a un teatrino, y me dio un abrazo. Pero yo sabía que no tenía el valor, ni las ganas, ni el tesón.

Dos años después nos encontramos y supe por él, que lo tenía encerrado en una caja en las mismas condiciones, todavía. No quise volver a verlo, no pude. Después supe que mi amigo se divorció de su mujer, que se había mudado a un triste departamento del centro de la Ciudad de México, entregado al vacío, que había adelgazado muy pronto, ya para este tiempo él tendría casi sesenta años, supe que su vida cayó en un caos extraño.

Y no volví a verlos... A ninguno de los dos...

## Vendrá la realidad como viene la muerte

**Elevas la mirada** que mantenías en el libro y se cruza con la de una mujer que te observa fijamente, que te ha devuelto al momento, miras de malas el entorno. Es mejor el libro, mejor a escuchar el llanto de aquel niño, al sonsonete de conversaciones que giran y dan vueltas en torno a lo mismo, a la música de alguien que vende discos, a sus gritos para ofertarlos. Pero prefieres no volver a la hoja porque casi has llegado a la estación. Hace poco más de una hora que viajas en este vagón sucio, llueve y el metro se ha detenido por espacios prolongados de tiempo. Hay calor húmedo. Ahora que no lees ya, que no estás lejos del todo puedes sentirlo.

No soportas a la gente, ni al sudor que te adhiere la ropa al cuerpo. Se abren las puertas “Deportivo 18 de marzo”, corroboras en el letrero verde, y te arrojas fuera del vagón casi feliz de abandonar

todo aquello, hasta que la humedad que llevas contigo choca con el viento frío de la estación protegida sólo por rejas de hierro que permiten el paso del viento, tiemblas, avanzas rápido. Deben ser más de las nueve de la noche, tienes que ir con prisa, alcanzar al siguiente transporte, bajas y subes escaleras, atraviesas un pasillo largo, “Clínica del IMSS” lees de otro letrero despintado que pende del techo. La salida es la correcta, sigues por el pasillo a la izquierda. Una mujer con un niño en brazos te pide una moneda, Para darle de comer a mi hijo, te argumenta. Tú sólo bajas la vista, tienes que llegar, no puedes detenerte, delante unos jóvenes te miran. Estás acostumbrada al “mirar” de las personas desde niña, hay un “algo” que atrae sus miradas a ti, has aprendido a ignorarlo, a vivir con ello, a ignorarlo según las temporadas y el caso. Subes al transporte que estaba a punto de irse, el último que va a tu destino, cuentas las monedas, 4, 5.50, pagas, te sientas en el asiento delantero, el que no hay que compartir, te sientes feliz por eso. Lo que sigue, sabes, son dos horas de tráfico y pedir que no asalten el transporte.

Vienes de la universidad, en el Centro Histórico de la Ciudad de México. Hoy saliste temprano, los demás días sales a las diez y cuarto de la noche. Estás tomando dos turnos, para terminar con el asunto de la universidad lo más pronto posible, entre un turno y otro haces el servicio social. Sales de casa a las siete de la mañana y llegas a esta hora. Te debates entre lo que quieres y lo tangible y el ir y venir diario. Te resistes a pensar en ello y sacas del fondo de la bolsa roja a tu compañero, tomas las pastas del libro entre los dedos y te sientes más dueña. Tienes qué, vendrá la depresión si no te aferras al libro como a un leño en mitad del vacío, y buscas las letras, si no te aferras como un hambriento a ellas, como un enfermo cuyo

único sosiego va contenido en estas pastas, en estas hojas que con fervor repasas como una cura a tus dolores y tus abismos, para no pensar en la vuelta en la que inevitablemente piensas entre los saltos de las páginas, a veces entre las palabras vienen imágenes de la casa sola esperando que cuides de ella. Te aferras para no pensar en el silencio que va a rodearte una vez que llegues, interrumpido sólo por el sonido de aquellos muebles envejecidos que parecen hablarte, que truenan y te recuerdan en todo momento el paso del tiempo, a los que te antecedieron. Lo que vendrá. El vacío.

El camión se detiene, te asomas molesta a la ventana para ver qué lo ha provocado, quieres llegar a pesar de todo. Estás cansada. Afuera, un hombre sostiene a un anciano por el brazo. Llueve apenas. Es que nadie quiere subirlo, no trae pa' pagar, va aquí a Ticomán, se escucha una voz afuera, el chofer entrecierra los ojos, asiente. Y en el camión aparece el anciano que hace unos segundos estaba afuera, le es difícil subir el primer escalón, el más alto, el hombre que viene con él casi lo carga. Se aferra al barandal una vez que puede tocarlo. El esfuerzo de los otros escalones parece algo importante para este hombre que a la vista pasa ya los ochenta años, sube, se acomoda en el asiento detrás del tuyo. Sabes que tenías que levantarte para cedérselo pero no lo has hecho, intentas leer y las letras poco a poco se pierden, se hacen borrosas.

Despiertas por efecto de una voz que grita, Aquí es, don, aquí baja usted, la calle está para allá, es para allá la calzada, váyase con cuidado. Hay mujeres atrás que se preguntan cómo llegará y por qué lo dejan salir solo, Que Dios lo acompañe, dicen. A esta parte del camino, teniendo en cuenta el tráfico, deben ser casi las diez de la noche, nadie hará nada por ayudar al hombre salvo encomendarlo a

Dios por no hacer algo, podrías encomendarlo también tú y lavarte las manos, quedarte en el lugar que no le cediste, pero prefieres bajarte, hacer por ayudarlo.

Te levantas del asiento y te arrojas al vacío, renuncias a la seguridad última que representaba el transporte.

Aquí afuera está oscuro, hace mucho frío. Estuvo lloviendo mucho tiempo y hay charcos y la zona ciertamente da un poco de miedo. No la conoces, no recuerdas haber sabido algo de su existencia antes de este tiempo. ¿A dónde va?, le preguntas por no preguntarte qué carajo estás haciendo. El anciano te mira, sonrío, le faltan varios dientes, ahora que lo miras de frente y de cerca piensas que tal vez pase un poco de los noventa, las muchas arrugas del rostro se cruzan entre ellas, una sobre otra, sobre la siguiente. La piel es morena, sus ojos te parecen borrosos, casi azules, con esa capa que los cubre cuando la persona está a punto de perder la vista, de unos ojos que han visto ya mucho, te pasa la estatura por un buen tramo, tú no eres alta, ¿A dónde va?, repites porque sabes que no te escuchó. Dice algo que no entiendes y hasta este momento te das cuenta de que el anciano hasta ahora no había hablado. Lo tomas del brazo para acercarlo a la banqueta, porque un coche pasa muy cerca y te devuelve al momento. El anciano camina apenas, da los pasos uno tras otro invirtiendo esfuerzo, hace parecer el caminar todo un suceso, se balancea un poco, para lograr equilibrio separa los brazos del cuerpo en actos involuntarios. ¿Para dónde va?, gritas. Se ríe y te mira, balbucea en la calle, habla casi sin sonido, casi sin despegar los labios, como si le doliera dejar salir las palabras. Adivinas un impresionante esfuerzo en cada una de las acciones del hombre, ver, hablar, andar. ¿Trae alguna identificación?, gritas.

Otra vez gritas. Saca unos papeles y te los enseña. Son del Seguro Social, amarillentos todos, manchados, con una dirección distinta, en otro lado, lejos. Esto no es por aquí, le dices. El anciano habla, dice muchas cosas, poco a poco entiendes más, él no ha modificado nada la dicción ni el tono, ni la imposibilidad, ni la forma, son tus ganas de entenderle, piensas. Te ha hecho entender que es al final de esa calle por la que van y a la que no se le ve fin a simple vista. Después de unos metros ya no hay luz. El último farol encendido está cerca. Te arrepientes de haberte bajado. Pero no te irás. Si dejas aquí a este anciano nadie detendrá su vida para ayudarlo, y haces un recorrido por todo lo que puede pasarle si lo abandonas también tú.

A unos metros, una eternidad por todo el contexto, ves una caseta de vigilancia al final de las rejas verdes de una unidad habitacional, la gente con la que han cruzado no te ha dado confianza como para acercarte y contarles lo que es evidente, que están solos tú y lo que queda de este hombre, sería como decirles Por favor róbenos, o puede matarlo y si le place después vióleme. Si decidieran hacerles daño muy seguramente no podrías intentar demasiado, ni por defenderte ni por defenderlo, ni él tampoco. Él menos. Pero quizá la caseta sea una buena opción, quizá se lo queden y puedas irte a la casa que te espera. De pronto vuelve el frío y te das real cuenta del peligro. Lo mejor es dejarlo.

Ahora ya están enfrente de un hombre que viste de azul, en la caseta, Hola, oiga, el señor necesita llegar a su casa, parece que es cerca de aquí, dice que es en la Avenida Ticomán pero no sabe el número, ¿le puede llamar a la policía para que hagan algo? Usted tiene radio, ¿no?, ¿Qué es de usted el señor?, te pregunta. No es nada, el del camión en el que veníamos iba a dejarlo aquí y no trae teléfono

ni nada y las identificaciones que tiene son de otro lado, yo me tengo que ir a mi casa. El hombre parece inferir que le quieres dejar el paquete. No. Es que nosotros no tenemos radio, nos los robaron y no nos han traído los nuevos, dice muy rápido, Pero deben tener algún modo de comunicarse, apuras, Pues no, no nos han puesto teléfono en la caseta y por aquí ni vienen los policías, ¿Y si pasa algo aquí, cómo se comunican?, Pues, tenemos radio, pero sólo entre nosotros, ¿Y no le puede llamar a algún policía de algún otro lado?, Uy, se tardan mucho, y eso si vienen, pero... Te corta, Mire, señala, Pasan en la avenida, o a veces por aquí pero tardan mucho. Ah, mire, allá va una, con la suerte. Te olvidas del anciano y corres, gritas para llamarlos. Se detienen muchos metros adelante, sabes que te han oído pero intentan irse como si no. Ni siquiera haces por correr, te frustras, te quedas parada en la mitad de la banqueta, esperas unos segundos pensando que van a irse pero se echan en reversa, Buenas noches. Quieres llorar a este tiempo. Oiga, les explicas a grandes rasgos y otra vez te interrumpen. Nosotros tenemos que llegar, porque nos hicieron un reporte, pero vamos a radiar para que vengán unos compañeros, señorita. Se te hace un nudo en la garganta, uno grande. Te volteas molesta, te lo tragas, te alejas. Miras al anciano con coraje, ¿Por qué haces esto? Pero lo tomas del brazo, le dices que tú lo vas a llevar, en contra tuya, Vamos a llegar a su casa, no se preocupe, le gritas porque no escuchó lo primero, y desde tus ganas de llorar y de darle una patada le sonrías. Caminas a su paso. No sabes qué va a pasar, otra vez la sensación de estar saltando al vacío, cada vez se acercan más a la obscuridad de la calle. Llegarán al último poste, y una vez que lo pasen, andarán entre la

calle obscura una muchacha de 22 y un anciano que apenas camina, que apenas habla, que apenas mira, que apenas vive.

Gracias, señorita, te dice con sus modos, Sí, respondes para ti porque él ni te escucha. Llegan al poste, desde aquí será empezar a alejarse de la luz, quizá no vuelvas a tu casa. Una luz azul. Una luz roja, azul, roja, azul, roja. Volteas. Es una patrulla. Elevas el brazo para que se detengan sin pensarlo. Buenas noches, les explicas, te atropellas, repites, la caseta, la patrulla, las identificaciones, que el señor no puede caminar, que ya está grande, que no escucha. El policía te mira de modo extraño, no sabes descifrarlo. Le grita al anciano para preguntarle la dirección, el anciano saca los papeles otra vez, Ticomán se le entiende. Ticomán. Súbanse, dice el policía. Miras al anciano rápido con toda la intención de despedirte. Y él te mira, desde algún lugar en que habita el desamparo. No te irás. Éste es el no retorno. Miras la calle de regreso y sientes miedo, miras la patrulla. Se sube el anciano con mucho trabajo. Te subes del otro lado y escuchas la puerta cerrarse, sabes que no se abrirá por dentro, hay sangre en la reja blanca que divide a los policías de ustedes. Volteas a ver al anciano y una vez más le sonríes. Desde sus ojos nublados te agradece. No tiene que decir nada. Ninguno de los dos tiene ya nada que decir.

Quizá van a dar las once. Avanzan por el camino y entran a la oscuridad, las luces de la patrulla iluminan el camino apenas porque de pronto no hay contra qué proyectarse, entran en una zona de terrenos baldíos, ¿Puede identificar su casa, don? Grita tres veces más el policía. No, dice el anciano. Tú ya miras desde un lugar lejos. Como si estuvieras en otra realidad y vieras todo esto desde una cámara de video. Avanzan, dan vuelta, éste es el final de la calle, pero

da vuelta, avanzan, Aquí, dice, Aquí vivo. Entiendes. Les dices que se detengan, que el señor dice que es ahí. Se bajan ellos, uno va a tocar y el otro les abre las puertas de la patrulla. Tomas al anciano por el brazo y cruzas con él la calle, ya ni siquiera estás pensando.

“Sí, vive aquí, déjeme ir por su familiar”. Es una señora gorda que te da mala espina. Es una vecindad, parece. Llegas a la puerta. Vuelves a la realidad. De pronto se te sube el coraje a la cabeza. Te metes al lugar, empujas la puerta que se va cerrando por inercia con fuerza. Baja un hombre. Las luces de la patrulla iluminan todo, de pronto te das cuenta de que la han acercado. Llega un hombre de unos cuarenta años, Buenas noches, señor, dice el policía con las manos dentro del chaleco antibalas, pero lo interrumpes tú ahora, hablas más fuerte. ¿Es tu familiar? ¿Qué es de ti el señor?, Es mi suegro, te responde. ¿Por qué carajo no lo cuidan? Cómo es posible que lo dejes salir así, ni siquiera puede caminar, ¿tienes idea de todo lo que puede pasarle? ¿Estás pendejo o qué?, Por favor no me hable así, señorita, te dice con cara de víctima. Es que eres un pendejo, un hijo de la chingada, estás gritando, Si no puedes cuidarlo, ¿por qué no lo dejas en un lugar en que sí puedan? Y ves que su mano va a tocarte. No me toques, imbécil. No me hable así, te dice, Cálmete, te dice el policía, lo miras, miras al anciano, miras alrededor, hay mucha gente, han salido de las casas por los gritos, por las luces de la patrulla. De pronto te confundes, empiezas a llorar, no puedes controlarlo, si por ti fuera te tirarías al piso y cerrarías los ojos. Hipeas, La llevo a su casa, gracias por haberlo traído, insiste el familiar del anciano, No quiero que me lleves a ningún lado, idiota. Es que entiéndame, no puedo amarrarlo, el señor se sale solo, ya está senil, Ojalá que cuando llegues a esa edad, entiendas. Pendejo.

Lloras, lloras, el anciano te mira, Ya vámonos, señorita, ya está con su familia, la llevamos al metro, te dice el policía. La gente te está viendo, habla. Te miran con cara de que no entienden nada de lo que has hecho. Te sientes sola. Miras al anciano y le dices que se cuide. No te dejan ver las lágrimas, así es como debe ver él, piensas. Levanta una mano y te seca el llanto. Usted es un ángel, te dice, No cambie. Prométame que no se va a ir, y que si se va, va a irse a un lugar mejor, y ahora te estás riendo. Sí, quizá pareces una loca. No dura mucho porque vuelve a arrugársete el rostro y las lágrimas otra vez. Lo abrazas. Cuídese mucho, dices. Que Dios lo bendiga, se te sale.

Gracias, escuchas del hombre que lo ha recibido, ese tarado no entiende, lo ignoras, te das la vuelta. Los policías se despiden, te abren la puerta de la patrulla. Piensas que no volverás a ver al anciano, y lloras con más fuerza. Te duele la cabeza. Tratas de que el llanto no se escuche, no puedes evitar que las lágrimas sigan saliendo. Piensas en su cara. Vas en la patrulla. Pierdes la noción del lugar y del tiempo, de pronto todo se densifica, lo único que puedes hacer es llorar, por ti, por todo. De pronto la patrulla se estaciona, todo está oscuro y bajas a la realidad de golpe, otra vez. Se baja el policía y te abre la puerta, Ya llegamos, señorita.

Son las once y media de la noche quizá. Te piden tus datos, para hacer el reporte, dicen. Lo siguiente que ves son las luces de la patrulla que desaparecen.

Son las doce de la noche, estás otra vez en el metro, en el lugar en que empezaste. Tu casa está a una hora y media de camino todavía. Les hubieras dicho que te llevaran, nada te costaba, quizá lo hubieran hecho pero a veces no te entiendes. Ya no hay transportes.

La estación está cerrada. Cierras los ojos. Quizá de hecho sea más tarde. El viento te seca las últimas lágrimas que quedaban frescas, piensas en la cara del anciano. Caminas pero ¿a dónde? Adviertes un esfuerzo grande en cada una de tus acciones, ver, andar, pensar. Así que te sientas en la banqueta porque es lo único que puedes, vencida, sin fuerzas. Metes la mano a la bolsa, rebuscas y sientes al fondo el libro. Lo aprietas, respiras hondo... Vuelves la cabeza. La poca gente que hay pasa, camina rápido. Sacas el libro. La página con el separador en que te habías quedado, tratas de enfocar la vista con la poca luz que llega de una casa, con un esfuerzo grande tratas de leer.

Hay un hombre que camina hacia ti, que se sube el gorro de la sudadera, que mete en la bolsa la mano y empuña algo, que mira sin discreción el entorno.

El anciano está seguro en su casa y tú estás aquí sentada. Quizá cambiaste los lugares. Pero lo que pasó ya ha pasado. Bajas la cabeza. Intentas en un último esfuerzo aferrarte a las letras, que ocurra el milagro, que el libro te salve. Pero vendrá la realidad siempre como viene la muerte. Cierras los ojos para no ver que llega eso a lo que nunca quieres enfrentarte. Para no ver que ya, como siempre, la realidad se detiene amenazante. Que te está viendo de frente y te respira encima, como hizo siempre.

## Rabia

Todo esto que escribo, lo veo de lejos...

Una niña compra un ratoncito árabe del color de la canela que, si bien no es el más bonito, sí el más avivado de la pecera en que lo encuentra, donde hay quizá otros veinte entre los recién nacidos, los ya con un poco de pelo y los ya un tanto más crecidos. Saca al ratón de la cajita con aserrín en que se lo entregan para sostenerlo entre las manos y pretende acariciarlo, y la muerde, dos, tres veces cuando intenta asirlo sin éxito y cae desde la altura de la niña en el suelo durísimo, un golpe seco. Más que preocuparse, se enoja y piensa en que quiere devolverlo, cambiarlo por otro menos agreste. Lo recoge, anda tres pasos decidida, pero lo mira a los ojos y se arrepiente porque entiende que quiere huir, que tiene miedo de ella, porque no la conoce...

Lo que sigue son días de reconocimiento, de ganar confianza, de acercamientos, de rechazos groseros, de pensamientos, de desprecio, de mordiditas que el ratón le suelta y que no hacen daño pero la molestan, de ofrecerle comida y esperar decenas de minutos a que se digne a aceptarla.

Después de muchos intentos y de mucha paciencia, el ratón puede andar en el hombro y encontrar refugio en el cabello largo de la niña, aprende a treparlo, a sujetarse, a no caerse, a acomodarse en el huequito del hombro. Y se humaniza un poco y aprende a reconocer los sabores de la Coca-Cola, del café, de las palomitas, come papas, arroz y en fin, todo lo que ella come y le convida, aprende a dormir ahí arriba, en su huequito... También le lee y lo lleva a los hoteles en que anda con su madre y lo deja libre, libre con sus relatividades como es ella, va a los lugares en que la niña espera que la madre termine de trabajar, aprende el ratón a no morder la plastilina y a disfrutar las muchas casitas con laberintos que le construye. También en casa anda libre y la jaula, bien lo sabe, es sólo para encontrar la comida y el agua que le pone, levanta la cabeza para que ella lo bese, se deja tomar con un dedo la manita, responde a los llamados y en eso, se acoplan de tal modo que resulta raro a los ojos de extraños.

La niña ama al ratón, es su compañero más fiel, el más bueno, casi el único... y a diferencia de un gato o de un perro, que serían el natural compañero, a éste puede llevarlo a todas partes... Éste es más pequeño y es más fácil protegerlo y esconderlo para que no lo vean los maestros... En fin, que son muy felices...

Pero llega el día funesto. El día que llega siempre en toda relación feliz...

La primera noche que lo escucha chillar, se levanta de la cama preocupada, y lo busca, por debajo de las camas, debajo de los muebles, en los lugares en que lo encuentra siempre, pero él parece huir de su presencia. Al día siguiente el ratón está como si nada ya en la jaula, la noche siguiente lo mismo y a la tercera noche por fin logra verlo, ve su cuerpecito y encima de él a otro ratón, gris, pequeño, de ojos negros. Y la niña, que primero no entiende, luego lo entiende todo y se llena de rabia...

Su ratón la ve, y se echa a correr y el otro tras él.

El ratón que ella pensaba macho, es hembra. Se entera porque su madre lo revisa. La revisa, bueno. Hasta ahora no había habido necesidad de eso. Son dos asuntos extraños de pensarse, su ratón es hembra, y tiene un novio. La niña no puede con algo que le crece dentro y que la va llenando, que le llena el cuerpo y le nubla la mente, y le calienta la sangre, y busca el veneno para ratas en la alacena. Y lo coloca en un platito.

Encierra a su ratona en la jaula y la cerca, coloca alrededor de la puerta alambre, pasadores, estambre en las partes que faltaban por llenar y la cuelga muy alto, en un clavo que ha colocado en la pared valiéndose de una silla...

Lo siguiente es que espera... Dos, cinco días...

Su ratona parece triste, parece no querer hablar con ella, parece tener miedo de sus manos y eso a la niña la enerva porque el amor que le tiene es perfectamente auténtico, y llora, llora mucho porque por culpa del otro ratón estúpido, la niña ya no tiene el amor de su ratona...

Sabe que el cambio es culpa del ratón porque la niña ha leído libros que se lo han enseñado, leyó ya a Cossette en *Los miserables*, *El*

*conde de Montecristo, María de Isaacs...* Dramática como es la niña, piensa que su ratona ama a ese “malnacido” y ella, pequeña como es, no lo entiende. No quiere compartir su amor con nadie, por muy que sea natural, por muy que sean amores diferentes como le explica su madre...

Al sexto día, en la mañana, la niña como los anteriores revisa el plato que ha ido cambiando por distintas comidas, y ve que falta comida, sabe que el ratón comió... Escucha ruido entre los zapatos, casi movida por una fuerza ajena a ella, escarba, rabiosa, quita uno a uno los zapatos y los va aventando con fuerza hasta encontrarlo, y por fin lo encuentra, todavía vivo, atontado por el efecto del veneno...

Y toma una lámpara...

Y vuelve corriendo, y toma al ratón por la cola, lo coloca en el centro, y deja caer la lámpara con sonidos sordos, con eco de carne macerada, deja caer la lámpara hasta que la poquita sangre del cuerpo pequeño la mancha y mancha el piso, hasta que la carne del ratón se abre por los golpes y puede verle los intestinos, y sigue dejándola caer y éstos se esparcen mientras una risita crece y se convierte en carcajadas, quien la viera vería la locura honesta en su cara, carcajeándose mientras retaza al ratón que le ha arrebatado el corazón de lo que más amaba...

## Desencuentros

**Están acostados**, abandonados los cuerpos con ropa apenas ella y él desnudo con un cigarro entre los dedos por único aditamento. ¿Quieres ser mi novia? Ella, de apenas veinte, no puede contener la risa y se carcajea ante la sola idea de que “éste” pueda pensarla su pareja. Él se diluye entre la negativa, se disuelve entre las citas de literatura como buscando refugio, de Cortázar, de *Rayuela* para ser precisos, porque otra vez “éste” que anda por los veintisiete y que ahora habita en una crisis de escritor que no escribe y que vive de pasadas y pocas, poquísimas glorias, se piensa Oliveira, es una idea que se compró a sí mismo hace mucho. El ambiente y las circunstancias presentes lo ayudan: estudió literatura dramática y teatro, bebe, fuma, lee y ha perdido la fe en su escritura. Aquello que los rodea es un ambiente de suciedad por demás asfixiante. Es

un cuartucho perdido en una zona “baja” de la Ciudad de México. Las cobijas sucias y la suerte de relleno amarillo en forma de colchón con manchas de innumerables experiencias ajenas a ella apestan a cigarro como todo en este sitio. De entre el aroma que lo llena todo, de pronto llega un olor a alcohol, de pronto a orines, de pronto a pies, de pronto a sudor. La pared está también llena de manchas y el piso de cubierta barata ya se ha desprendido en varios sitios, cerca hay un reproductor que hace salir la voz de Joaquín Sabina, más allá hay una puerta tapiada y el resplandor de la realidad de afuera en que el sol ya ha salido se filtra por entre una grieta...

Se conocieron hace unas semanas, él ya sabía quién era ella, la citó para hablarle de un proyecto de teatro, que era eso, un proyecto, que ni siquiera tenía nombre. Ella se dejó citar, y ver, se dejó que le pusieran un café enfrente para escucharlo, por desazonada, porque ahora que estudiaba la universidad no le quedaba tiempo para hacer teatro. La oferta que puso sobre la mesa le pareció atractiva, ensayos en la madrugada, y aquello: “El estado lúdico en que uno se inserta en la fase anterior al sueño es con lo que vamos a trabajar”. Era lo que ella esperaba, ya era actriz con obras hechas, ya había estudiado actuación y había asistido alguna dirección de escena. No hacía tanto que no estaba haciendo teatro pero se pensaba que la vida se le estaba yendo. Nada más cierto, nada más cierto para todos los que tienen piel y huesos y andan en dos torpes patas esparcidos por la Tierra. Sólo que ella era excesiva, en los límites siempre, intensa, apasionada, artista. Pero no era sólo eso, era que este muchacho entre aquella charla trajo a la conversación a Serrat que a ella le encanta, hablaron de canciones, de libros, de vino. Él,

romántico como era, empezó a idealizarla desde este tiempo, era distinta esta muchacha. Literaria.

—¿Pero a ti puedo seguirte viendo? —le dijo con voz ridícula en el teléfono cuando ella le contó a modo de disculpa que a su padre le parecía una idea riesgosa y estúpida irse a ensayar con quién sabe qué fulanos de tal que seguramente eran muy mediocres y muy poca cosa para estar cerca de ella. ¿Además sin pagarte? Tú eres una universitaria. Pésima, pésima idea. Entonces fueron a un café del centro histórico de la Ciudad de México para el segundo encuentro. Él pidió un vino y traía unos puros. A ella no le gustaban los puros y el aroma le provocaba náuseas, le dio entonces un cigarro de durazno que por algún motivo a ella le trajo a la cabeza la imagen aquella de Diana Soren narrada por Fuentes. La gente pasaba por la calle y ella dispersa siempre se perdía entre las divagaciones que le ofrecían los árboles encerrados en las cárceles de cemento, en los artistas callejeros, en el cielo abierto, en el ave que se detuvo a comer a la expectativa unas miguitas de pan que cayeron al suelo de la mesa de a lado. Asombrada siempre de este mundo que se le ofrecía tan ajeno. Lejos, ausente. Él, extasiado, no le perdía detalle, lo que en realidad pensaba era en ella desnuda, recostada en una cama y en él poseyéndola. Les encendieron la velita que servía de adorno a la mesa porque de pronto se hizo tarde... ¿Vamos a un hotel? Llano, sin tiento —la mirada de ella fue de miedo—. A escribirte, dijo por corregir, ¿Me dejas escribirte? Hace mucho que no puedo escribir y quiero escribirte. Y la frase que la convencería de no salir corriendo: No vamos a tener sexo. La mirada de ella cambió a extrañeza, a incertidumbre, a aventura en aquella hora de brujas

en que todo es posible, como entrar en una pintura surrealista de ésas que le gustaban tanto. Vamos, dijo.

Pagó la habitación de un hotel barato de alfombras rojas percutidas y pasillos sombríos y estrechos. 305. Habitación 305. Entró ella a ver el baño, a abrir la regadera. Él, en tanto, hizo aparecer una botella de vino que sacó de la mochililla que llevaba, así era él, mezquino siempre, con el aguijón listo. Sacó hojas, una pluma de fuente. Volteó a verla, tan dueña. Tan llena de la magia que él no poseía. Tan musa. Ella miraba al techo como si a través de él pudiera ver otro mundo o el futuro en tanto el otro descorchaba la botella con el pomo de la puerta. Cuando giró la cabeza, después de los diez minutos que le habrá llevado el esfuerzo que terminó en el corcho nadando entre el vino, ella estaba desnuda, de espaldas. Esto no podía ser cierto, era demasiado pronto, demasiado bueno. Sintió que él se acercaba y arqueó la espalda, bajó lentamente para apoyarse en la cama y ofrecerle el espectáculo del cuerpo, él viajó en el tiempo y recordó la primera imagen que lo excitó cuando era niño, en que una gata blanca de su familia se colocó en la misma posición en que ahora estaba ella, porque estaba en celo, fue la primera vez que tuvo una erección. Ella lo hizo ahora porque el tiempo era poco, quería jugar y lo tenía calculado. Apenas se le acercó y la giró, se besaron en un arrebato extraño como si se conocieran y conocieran los cuerpos desde hace ya mucho tiempo. Todas las veces en que él trató de separar la cabeza para mirarla entera, ella volvía a besarlo. Habrán pasado 15 minutos. Bajó lentamente la mano que no llegó a ningún lado porque ella se fue al baño donde tardó otros seis subida en la taza viendo por el resquicio de la ventanita desgastada. Escribe, le dijo cuando volvió del baño. Y ya no se dejó tocar.

No dejó que la poseyera, ni que pasara sus manos por el cuerpo. A los diez minutos le dijo: Es tarde. Ya tengo que irme. Fría. Sabedora del efecto provocado. No que lo hubiera hecho antes, era un asunto de la literatura que ya traía en la existencia.

Y se fueron.

Ya no pudo sacársela de la cabeza...

Lo demás fue que ella aceptó lo de los ensayos, que llegaron al cuarto aquel, y le presentó al director y a con la que el director se acostaba. Aquello de ir a ese lugar era bajar a un submundo, atravesar la puerta que conecta con la calle, pintada de algo que en algún tiempo fue rojo y que desde hace mucho empezó a comerse el sol (esto de comer del sol es siempre extraño), atravesar un pasillo pequeño, el olor a mugre, el patio lleno de trebejos, de tantas cosas tan inútiles y tan viejas también comidas por el sol... atravesar para llegar al baño: periódicos, colchones rotos, lavadoras, refrigeradores, estufas o algo de fierro viejo, que ahora que lo pienso tal vez vendían (lo siento). Aquella primera noche fue un ejercicio de actuación para que se familiarizaran. Cerrar los ojos y dejarse llevar a la orden: eres esta cosa, eres aquella otra. Hasta que terminaron todos en contacto con los cuerpos iluminados por un reflector puesto en el piso, como en un circo. Luego se les ocurrió que era buena idea desnudarse por juego, y luego los cuatro desnudos corriendo hasta la avenida a las tres de la mañana. Lo demás fue beber y la charla. El cigarro. Lo demás fue el tener que dormir con él porque no había otro espacio para ella fuera del colchón del piso. El contacto de los cuerpos en aquel mundo pobre y enrarecido.

Ahora que ella se burla, él ya está enamorado de ella hasta los huesos. Lo que más hacen es platicar hasta las dos de la mañana por

teléfono, él leyéndole o leyendo ella. Hablando de gatos y de su relación con los grandes, de la actuación, de todo y nada... Es ir al bar La Ópera. Es las noches de hotel en el centro en que él le escribe en el cuerpo blanco a la luz del farol que permite entrar el balcón abierto que da a la calle con un vino en la mesa. Cuando van a jugar billar y ella con esas manías de romper el orden de todo termina desbaratándolo todo y jugando con sus reglas, muerta de la risa, divertidísima y después en la calle mojada y vacía de gente en que se le cuelga y él la carga. Cuando él le dice que cuando sea un reconocido escritor a los cincuenta la quiere a su lado, a ella a la que tantos desean y ni él mismo tiene sin tenerla, porque a esta hembra nadie puede poseerla. Esta hembra efímera, incierta que fuma desnuda y abierta, llena de letras, que se ve más bella a la luz aquella de un farolito en la calle, fuera de la habitación de hotel al que van, que cuando hacen el amor llora, que se ríe a carcajadas cuando él la abraza. Cuando llueve y ella sale, desnuda a recibir la lluvia que borraré la literatura que él puso en ella, como la maravillosa gata blanca que es, o cuando sale en una de tantas a la cornisa de la habitación de hotel, al filo, casi a punto de caer sólo a fumar tentando a la muerte y él se espanta. Y la regaña. O cuando ella lee en voz alta, desnuda, de espaldas que es como más se le antoja: *Este pueblo está lleno de ecos*. Mientras él se acerca *Tal parece que...* La embiste por atrás, por atrás fue todo con ellos. Un amor de mierda. *Estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras...* una, dos, tres veces *Cuando caminas sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos, risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír...* Su gemido rompe el ritmo de la lectura *Y voces ya desgastadas por el uso, todo eso oyes...*

O cuando llora y le pide que la abrace mientras arroja palabras desde su mundo distante...

Cómo olvidar a esta hembra que no es de la Tierra. Nadie en sus respectivos mundos, nadie, ni sus familiares ni sus amigos saben de la existencia del otro. No hay nombres para ellos ni para los otros.

Desaparecerá de su mundo como era de esperarse.

Quedarán de verse en un tiempo, ella le ofertará que como en *Rayuela* el perímetro sea el de las calles del centro, que si no han de verse, ésa sea la vez última en que se vean. Los dos llegarán. Ella andará por el asta bandera en el espacio abierto del centro de la Ciudad de México, libre como es será natural que él piense que estará allá, pero doblará en una esquina y se detendrá para comprar vino. Cuando él llegue a aquel espacio abierto, ella estará en el aparador de una librería, cuando él ande hasta ella movido por un espeluznante impulso, ella estará adentro y él pasará de largo, buscándola sin buscarla. Podrá ser éste un amor de cuento, de años, de almas que se han encontrado a través del tiempo. Pero eso no es cierto, porque ella era espíritu y él sólo falsas letras que se atribuía. No volverán a verse. No pensarán necesario mandar mensajes, o llamarse, o romper el acuerdo. No romperán el acuerdo. No desearán luchar contra el destino. Andarán a lo que el futuro sin el otro se sirva, tal vez en otro tiempo, tal vez con otros nombres, quizá en otra vida...



## A tu pueblo vuelves, Consuelo

Su mirada **choca** con todo lo que la rodea, pasa del espacio de la puerta al rostro del Cristo que la mira desde hace años, que no ha perdido la dulzura, sentado tras una mesa con las manos entrecruzadas, ha estado en esa misma posición siempre, sin parecer cansarse. Vienen como todos los días, las punzadas, todos los días en que guarda la misma posición durante horas, echada en esa cama a la que la ha anclado el derrame cerebral de hace un tiempo que no le es claro. Aquí no puede llevar el seguimiento de los días, y de nada serviría tampoco. La noche se entremezcla con el día, las horas avanzan lentas o rápidas sin ninguna regla. De pronto, cuando despierta, o cuando dormita, el tiempo aprovecha y corre y ya es de noche, o de mañana, o el brillo que entra de afuera es naranja, rojo, amarillo, o todo está oscuro, y los relieves del cuarto se tiñen de

rojo intenso, de verde, de violeta, de rosa, porque los foquitos que rodean el cuadro de la Virgen de Guadalupe en la pared se iluminan mientras emiten una musiquita ligera, la misma tonada siempre...

Ahora es de día, escucha afuera el andar de la sirvienta a la cocina, su salir, su entrar, arrastrando sillas mientras limpia. Los buenos días, de sus hijos, que chocan unos con otros, secos, el buenos días que se dicen en el mismo tono, siempre, desde antes de su enfermedad, incansablemente todos los días. Los va reconociendo, sus tres hijos han cruzado el espacio de la sala, ya desayunaron y la televisión se apaga. Afuera se escucha la cortina del negocio que se abre, el perro ladra. A este perro no lo conoce, nunca lo ha visto, no sabe cómo es, pero lo escucha todos los días, reconoce el ladrido. Quizá llegó aquí hace un año, quizá hace muchos meses. Otra vez la sensación del tiempo que se le pierde, la idea de lo fácil que resultaría para cualquiera asomarse a la ventana y descubrir el color del perro, mirar el reloj, ver el calendario, ir a la cocina por un vaso de agua porque tiene sed desde hace muchos días, ir al baño porque el pañal ya la ha rozado tanto que otra vez está por acostumbrarse, rascarse, cambiarse de postura, levantar la bocina y marcar el número de su nieta, sólo acomodar la almohada, sólo la fuerza para acomodar la almohada... sería muy sencillo, pero su cuerpo no responde al impulso de la mente.

Antes, los días después del derrame, su hijo intentó volver a hacerla hablar, Así no, a ver dilo, no te hagas tonta, Consuelo, mírame, te estoy hablando, repite, todo en los peores tonos, todo falta de amor, de sensibilidad, de cuidado, con esos sonidos como negros que emitía el hijo cada que dejaba salir las palabras lento como si fuera un imbécil, para que las repitiera ella, jalándola

de los brazos para que se acomodara, enterrándole los dedos en la piel blanca y delgadísima para obligarla a hacer los movimientos. Hasta que él se hartó, hasta que ella quedó muy lastimada. Luego ella se empequeñeció, la carne se fue escondiendo detrás de sus huesos, la piel que la cubría se fue transparentando y las arrugas extrañamente desaparecieron. Todo el cabello creció y se tiñó de blanco, porque no hubo ya nadie que se lo cortara, corto como a ella le gustaba traerlo. Las palabras ya no volvieron a sus labios porque nadie tuvo la paciencia para devolvérselas, para recordarle la pronunciación de sus pensamientos. Entonces se sumió en ella, en el silencio. Los mismos hijos la condenaron al cuarto por la comodidad que les representaba tenerla ahí metida sin andar tras sus pasos, sin pagar para que se atendieran las fracturas que al principio sí vinieron porque ella quería salir, quería ir a la cocina, levantarse de la cama, salir al patio, en fin, seguir viviendo. En toda la siguiente etapa de su vida, después de que sus hijos crecieron, todo lo que hicieron fue empeñarse en cortarle las alas, en matarla poco a poco, en reducirla hasta dejarla, como las bestias que eran, encerrada en la jaula de su propia carne, de su propia casa...

Cuando su nieta fue a verla, cuando puso un pie en su cuarto y la vio postrada, esperando escuchar su voz, esperando el abrazo que vino siempre y no llegó nada, un balbuceo por respuesta, y no entendió qué estaba pasando, se echó a llorar desvalida. Entonces le explicaron que fue un derrame. Que un día despertó y se le había olvidado cómo hablar, cómo caminar, los nombres, que no sabían demasiado del daño, si las memorias estaban intactas, pero que lo más probable era que todo estuviera en blanco, en gris, en negro. Que el primer nombre que pronunció fue el de ella, que no

había venido hacía mucho tiempo. Luego le explicó la sirvienta que el derrame vino un día después del coraje que la hizo pasar uno de sus hijos, el mismo que le enterraba los dedos, el mismo que fue además el primer responsable de su postramiento. ¿Qué clase de seres son éstos? Cuervos que no le sacaron los ojos, por pocos, sino la lengua, sino las esperanzas, que le arrancaron los brazos, las entrañas y hasta las piernas.

Ahora, después de todo, prácticamente la única que entra es la sirvienta, que interna en los labios resecos de los que desprenden pellejos que se cruzan entre un labio y otro cuando se separan un poco, una cucharada tras otra de sopa que se resbala, de fideos que se atorán en las comisuras, y limpia los restos y sigue metiendo las cucharadas sin mucho tiento, como quien mete cualquier asunto en cualquier hueco de cualquier cosa, para recibir dinero... Y luego le pone entre los labios el popote, y ella después de dos tomadas lo rechaza, y rechaza ya las cucharadas...

Muchos días, mucho de esto, mucho desasosiego, muchas memorias que se mezclan y a veces entre todo, los días en que sueña que es el único modo en que puede salir de ahí viaja al pueblo, viaja al tiempo en que en su casa le enseñó a su nieta a hacer trenzas con los hilos de la cobija, y antes, mucho antes, con su despertarse escuchando los gallos y los pájaros, el sonido del viento fuerte entre las ramas y al sol que se mete por la ventana, las patitas sobre el techo de lámina, el fogón, la olla de barro, el olor de la madera y del carbón y de la tierra, los hijos corriendo, sin dinero sí, pero la sensación de felicidad, de placidez, la costumbre del pensamiento recurrente de sacar para mantenerlos...

Porque los cinco carros que tienen allá afuera nada le representan, ni estas paredes de concreto con sus dos pisos y la planta baja, ni las dos salas, ni los acabados, ni la terraza, ni la cocina integral, ni nada. Sabe que todo esto convirtió a sus hijos en las bestias ocupadas día tras día en generar dinero como mulas de carga, y les quitaron los sentimientos como siempre que se privilegia al dinero por sobre el espíritu, por sobre el amor, por sobre el intelecto y por sobre el cuerpo.

La ha despertado la punzada en la espalda, el dolor en el cuello, esperará a que alguien venga a moverla, esperará otra vez, hasta que el dolor se haga parte de su existencia, como todo esto se ha vuelto parte de ella, todo, este dolor del silencio, de las miradas secas de sus hijos que a veces cruzan la puerta, del encierro, de la imposibilidad, del mirar pasar el tiempo como ha esperado el día en que alguien allá arriba se apiade y venga a sacarle el alma de este cuerpo que ya no puede hacer nada.

Todo empieza a dar vueltas, todo se entremezcla, hay una extraña paz en la casa, y ella siente y sabe, el sonido es sepulcral, extraño. Quizá sea éste el momento de la muerte, pero alguien entra, la luz de afuera invade la habitación, es su hijo, su hijo mayor, él no viene casi y de todos fue siempre al que más quiso, es éste el que conserva parte del alma intacta, y ella se ilumina, porque algo la ha escuchado, puede ser que otra vez sea que el sueño viene mezclado con su idea de la vida, pero él se acerca, ¿Cómo estás, Consuelo? Sabe que si ha venido es porque sintió algo y supo escucharlo y venir, y ella mira en la madre al hijo, a su hijo en la madre que la llama, que le extiende los brazos y es el pecho del hijo el seno de la madre, y es ella anciana la niña que se resguarda, las fuerzas últimas se escapan,

corren, mira a esos ojos que salieron de su vientre y se pierde, y se va y vuelve y escucha voces y hay una paz inexplicable, quiere despedirse pero las palabras no salen, él no llama a nadie, permanece en la penumbra con el cuerpo de su madre, que sabe, ha vuelto por fin a las mañanas claras de su pueblo...

## Un solo día

**Sale de Puebla** a las once de la mañana después de una clase magistral una muchacha de 23 años, maneja un Volkswagen que seguido se calienta, se pierde para salir de la ciudad y tiene que detenerse varias veces con gente que por no pasar la pena de ignorar el rumbo, de decir “no sé, pregunta a otro” o en un mero acto de maldad pura, la desorienta, la manda para otros lados, por otras calles, por otros barrios, hasta que alguien la saca a la carretera que va a la Ciudad de México, que no México, que también es Puebla y todos los estados, por dejar claro.

Todo el camino es caliente, no hay otro modo de describirlo, el sol, el viento, el encierro del carro pequeño y sin aire acondicionado, la suda, la molesta. La angustia de que su novio no le hubiera contestado un día anterior es lo que la tiene así, piensa que está enojado

[51]

porque ella tardó en responderle antes por estar en su asunto de tomar clases y prepararse que a él tanto le molesta, y quiere ir a verlo antes de un programa de radio que también lo molesta y que tiene que transmitir en vivo antes de ir a grabar un cortometraje que lo molesta todavía más. En fin, el hombre se la vive en la molestia permanente con ella y sus ganas de “hacer” y ella en una angustia permanente porque la deje por las tantas molestias generadas, que le corta las alas. Este hombre es nadie pero ella lo quiere porque el amor así es, ciego, sí, y sordo seguramente, sin olfato, y enfermo y sin tiento.

Entonces maneja desde Puebla a un pueblo intermedio, le ha mandado mensaje antes pero él no contesta, así que va a su casa y su madre la recibe, le dice que él le dijo que iba a verla, Pero no, yo estaba en Puebla, responde, así que le llama por teléfono y según se escucha por el altavoz, a él se le pierden las palabras, se le barren, la música estridente al fondo, risas, la madre le explica que su novia está ahí, y después él cuelga.

Y nada, llora ella porque el amor cuando está muy enfermo se traduce en eso. Ellos, sus padres, saben cómo es él, saben cómo son desde hace mucho las cosas, la madre va a la cocina y le calienta comida para que coma con ellos porque sabe que no ha comido por venir a verlo, come y la charla va de eso. “No es bueno querer tanto” le dicen a la muchacha desolada. “No es bueno querer tanto” se le queda en la cabeza...

Cuando va a despedirse para irse a grabar el programa, él llega, tan borracho como se puede estarlo, y la jala porque ella quiere irse, entre jaloneos ella llega a la puerta del carro y se mete, él la abre con fuerza tres veces, Vamos a seguir tomando, vente con nosotros, le

dice, Tengo que ir a hacer el programa, responde ella, No vayas, ¿para qué vas?, vente, vamos a tomar, va a estar divertido y yo te cuido. Ella ya no puede con eso. Le insiste muchas veces, las suficientes para retenerla los veinte minutos que necesitaba para llegar a tiempo a la radiodifusora, hasta que le azota la portezuela del carro y le dice que se largue, entonces, que si quiere irse que se vaya “a la chingada” le suelta, y ella arranca llorando. Mal asunto.

Llama a la radio en el camino para disculparse por su falta.

Todavía tiene que llegar a la Ciudad de México, a Santa Fe para ser precisos, para grabar el cortometraje, todo el camino piensa en lo que ha pasado hoy, y eso la hace pensar en todas las veces que la ha lastimado, que la ha vejado, que la ha dejado sola. Lloro todo el camino, por ella básicamente y por su falta de pericia para manejar esto, por su falta de aplomo para terminar el asunto, porque no entiende, porque le duele, porque está cansada, porque la vida, porque el amor, el amor siempre...

Ha ido a Santa Fe varias veces desde niña porque allá vive una tía, la pretensión es dejarle el carro y de ahí irse en un taxi por dejarlo más seguro y porque tiene dudas del arribo, así que llega, casi sin saber cómo, con la mente en otro lado, a San Antonio, de ahí es sólo dar vuelta en la gasolinera, subir una calzada, girar a la izquierda y está hecho. Nada más simple. Pero no porque la cabeza la traiciona, y termina en otro rumbo, y gira, y gira otra vez pretendiendo volver pero no sabe cómo ha entrado ahí, sigue avanzando hasta que llega a unas callejas pequeñas, golpea el carro en la parte de atrás cuando ve una cerrada, todo es desesperante, echa atrás el carro y sigue por una calle diferente, más amplia, que la saca a otra, vueltas, vueltas, esto parece otra dimensión, otro rumbo. Entre las muchas

vueltas, entre el desconcierto y la desesperación y el azoro empieza a oscurecerse y el carro a necesitar gasolina, a hacer ruidos raros, a jalonearse, y se le queda parado en una calle oscura de un barrio malsano. ¿Qué puede hacer? Lloro. Baja los seguros. Espera. Diez minutos y nada. Los de la producción llaman para saber si está ya cerca porque empezarán a grabar pronto. Medio les explica que está perdida pero que irá y que de eso no quepa duda.

Veinte minutos y el carro arranca, se jalonea en el camino un poco, da vueltas, va derecho, da vueltas y sale a avenida Observatorio, entre la terminal de camiones y el metro, y el carro se detiene en la subida, vienen carros en ambas direcciones de atrás, sabe que no puede hacer mucho fuera del freno de mano, abre la portezuela para pedir ayuda, pero nadie hace nada y ella está en medio, justo en medio del camino.

Escucha una voz detrás y se espanta, Hola, oye, te ayudo... ¿qué le pasó a tu carro?, va a abrir la boca para explicar, y él la mira de un modo extraño, Eres la prima de tal, ¿verdad? Ahora sí está espantada. Vengo con ella, soy su novio, está en el carro, ve con ella si quieres y yo mientras lo prendo.

Ella ya no acierta a responder, voltea lento, automáticamente, y sí, su prima le hace señas desde el asiento del copiloto del carro, camina también en automático para acercarse y se baja su prima, la abraza, ¿Qué haces aquí? Ya es noche, ¿por qué no te vienes a la casa con nosotros? Estamos en Tacubaya, Es que tengo que llegar a grabar, explica, Ya está el compromiso y no puedo romperlo, me están esperando, Pero mira cómo estás, ¿estás bien?, Sí, sí estoy bien. De pronto el sonido de un cristal rompiéndose, una mujer gritando, un hombre con un arma. Le dieron un cristalazo, grita la prima, métete

al carro, y corre a meterse al carro, la impresión es fuerte, se llevan el carro blanco y la mujer se queda gritando que la ayuden, se baja a despedirse, todo parece lejos, como en otro lado, luego se despide de su prima y del novio, su carro ya arrancó y le dicen que sólo suba, en la esquina va a encontrar un Burger King y más adelante está la unidad, es todo.

Se despiden. Todo ha sido extraño, se separan más adelante, ellos siguen de frente y ella gira a la derecha, otra subida, es sencillo, pero no, y vuelve a dar vueltas sobre las vueltas hasta que se le vuelve a detener el carro. Lloro, llora.

Espera. Veinte minutos, treinta. Va a la gasolinera. El novio empieza a mandar mensajes, ya que se le medio bajó la borrachera, supone, para pedirle que lo perdone, otra vez, los de la producción llaman y llaman y ella está ahí sola en una calle que no conoce. Así es como se siente. No debían ser así las cosas, debía ser un buen día, de clases, del programa de cultura en la radio, de grabación, debía estar feliz. Pero este hombre de un modo u otro le arruina las cosas, porque lo entendemos todo como un estado mental en el que él la pone, y ésta es del tipo de ser que cuando entra en crisis, todo a su alrededor se descompone, computadoras, televisiones, enchufes que toca... y todo se complica. Es un asunto de energías y ella no se ha dado cuenta, pero este hombre de energía sucia, ensucia la suya y la pone en crisis.

Recuerda casi en la iluminación que su padre vive por ahí, llegará porque no tiene duda de ello, está cerca de este lugar, quizá es la respuesta, el señor aquel que no la ha buscado en años, quizá sea el momento en que la abraza y le diga que todo va a estar bien, y la ayude a llegar a donde va, que no es muy lejos, teniendo en cuenta

que él conoce bien, que tiene carros y que podría ayudarla llevándola al fin de su compromiso, en fin, que es su padre.

A ella se le pasa por la cabeza que si ha llegado a este punto, que si las cosas se acomodaron de ese modo, es porque tenía que llegar a la casa de su padre, que desde este momento todo en su relación sería diferente...

Y sí llega, claro que llega, sin muchos tropiezos, con los jaloneos del carro, pero ya sin perderse...

El padre, después de dar la autorización para que pase, después de que ella le explica que terminó con el novio, que viene desde Puebla, que el carro se descompuso, que tiene que llegar a grabar, que le dieron un cristalazo a un carro atrás de ella, que estuvo perdida mucho tiempo y en colonias horribles, y que se suelta a llorar. Él le dice que le va a pedir un taxi sin dejar de ver la pantalla de muchas pulgadas, ¿Tienes dinero para pagar? Sí. Sí tengo, pero ya prácticamente se ha desconectado de algún modo y llama el padre al taxi y el taxi no se tarda y le dice que vuelva por su carro al día siguiente, que deje las llaves y que saque lo que necesita y que eso es todo lo que puede hacer por ella. Todo seco, horrible, con desdén indecible. Es que ella, naturalmente esperaba el abrazo, el nada pasa, el no te preocupes, el ya estás aquí, quizá, después de verla devastada, de tener que llegar todavía a otro lado la hubiera llevado, y le hubiera dicho Pide que te traigan a la casa y te quedas, ya todo va a estar bien...

Ahora está subida en un taxi con un extraño, y no puede contener el llanto, porque ahora además de todo, va con la frialdad con que la trató el padre. Ya llamó para decir a la producción que va para allá, ya es muy tarde. Y llegan, y paga, y se baja descorazonada, y la

encuentra la jovencita de la producción que la espera y le mira los ojos hinchados. Ella le pide un café y unos cigarros para aliviarse a la pregunta de ¿Qué te traigo? ¿Quieres algo de comer? Y entran a un Oxxo, y se sirve un café, es el último compromiso del día, y ya llegó, lo demás es grabar y olvidarse, y tapa el vaso del café y el café explota y todo se riega en el piso y en el mostrador y en su ropa y le medio quema la mano. Y le vuelve el sentimiento y se le resbalan las lágrimas.

Espera que esto sea lo último que pase, pero todavía faltan la grabación, y el regreso, en el taxi...



## Madre

Silencio que se rompe por la debilidad de una respiración que se extingue, se escucha una llave que entra, que gira. La puerta única se abre, entra una mujer, cierra. Echa llave. Gira. Mira al frente. Medita. Cruza la habitación blanca, blanquísima. Llega hasta un refrigerador grande, pesado, antiguo, y lo abre, se asoma dentro, verduras —pocas— y un vaso con agua sobre la rejilla. Pasa la mano izquierda en círculos sobre los vegetales y el vaso y toma este último, cierra la puerta. Se incorpora. No se mueve. Está pensando. Parece lejos. Camina hacia la mesa de madera pesada y antigua en el centro de todo, camina lento, cuenta los pasos, llega hasta aquella mesa que sostiene un cuerpo grande, pesado, negro. Vierte sobre él el agua del vaso y provoca que el cuerpo se remueva un poco, sólo un poco... aquella respiración del principio se agita, apenas, porque

ya no hay fuerza... camina hacia la derecha hacia un mueble que es también blanco, deposita el vaso de cristal sobre el fregadero, abre el cajón, saca un cuchillo, lo huele, piensa, lo ve, lo pasa por el dorso de la mano derecha y el filo entra, corta apenas... Un hilo delgado, fresco, pequeño, empieza a crecer, a expandirse, lleva la mano a las fosas nasales y aspira el olor de su propia sangre, no hay reacción, cierra el cajón, duda, vuelve a abrirlo, extrae ahora un tenedor de tamaño regular, lo deposita sobre el mueble. Saca de otro cajón un paño, blanco, limpio. Lo huele. Extrae de una de las gavetas un atomizador y rocía el cuchillo, pasa parsimoniosa el paño sobre el filo de éste, sobre la navaja, sobre el mango. Lo deja sobre el mueble y acciona igual con el tenedor. Dobla el paño y lo tira a la basura. Coge ambos cubiertos con una mano y con el atomizador en la otra, anda hasta la mesa. Deja los cubiertos sobre ésta, extrae un paño del cajón bajo la mesa y con el atomizador rocía el cuerpo, pasa el paño, frenética, haciendo movimientos circulares, sincronizados. Enajenada, para hasta que el frente está limpio, sienta al cuerpo, talla la espalda con el paño, lo deposita suave contra la mesa, gira al cuerpo hasta hacerlo quedar sobre un costado, limpia los glúteos, mete el paño en el ano, suave primero, frenética otra vez, talla, talla como queriéndolo limpiar de algo que sólo ella ve, talla las piernas con círculos pequeños, se detiene en los pies y otra vez va lento, dedo por dedo, se detiene entre los pliegues, con la parsimonia de quien toca algo sagradísimo, los contempla mientras los limpia, los besa, se detiene. Mira al cuerpo. Sólo mira, no se encierra nada, mira, dobla el paño que va a la basura... huele, huele los pies, las espinillas, las rodillas, las lame y huele y huele y lame el pene, el deseo, lame delicada, suave, inocente. Huele el vientre, huele el

pecho, huele el brazo izquierdo, la mano, va a la boca, aspira profundo, interna la nariz entre los labios negros y aspira más hondo, sube, huele las fosas, entierra la nariz entre los pliegues de los ojos, aspira el aroma del cabello. Toma con suavidad los cubiertos, entierra con trabajo el tenedor en la punta del pene y comienza a internar el filo en la carne que lo cubre, viene la sangre, se baña el filo, eleva el tenedor al cielo, masculla algo ininteligible. Parece que reza. Lleva ahora el trozo de carne cortado hasta la boca, inserta los dientes que se manchan, mastica lento, disfruta, los ojos se cierran entregados al momento, lo había estado esperando hacía mucho, la cabeza va hacia arriba por primera vez movida por el placer. Vuelve. Interna el filo en la carne, otro pedazo, otro pedazo, placer, otro pedazo, otro... otro... mientras mastica, mira al cuerpo tendido. Elige. Decide. Interna el cuchillo en el antiguo lugar del pene, a la mitad de las piernas, adentro el cuchillo va arriba, abajo tres veces, logra una abertura, la sangre ya es mucha, baña la mesa y gotea, la sangre se forma en hilos que se rompen y vuelven a surgir, lo blanco del piso se rompe a la par con manchas rojas, manchas negras. Lleva los cubiertos al fregadero, deja caer el agua de la llave sobre ellos, la sangre se confunde, se disuelve. Los pone en vertical, permite que escurran un poco y van a la basura. Desde su lugar se deshace de los zapatos sin tacón, los pies descalzos, desabrocha y suelta al pantalón por sobre las piernas, las libera haciéndolas salir del pantalón que quedó enrollado entre los tobillos, no hay ropa interior, el pubis sin vello queda expuesto, levanta la ropa suavemente y la deposita en el cesto, la mirada se ilumina, detenida nuevamente al lado de la mesa, sobre la sangre que gotea, de pie junto al cuerpo negro, piensa, se pasean imágenes por la mente y se vuelven una.

Un niño de cinco años la llama desde el piso de arriba, y toma un trozo de la carne, para cocinarla, por supuesto, porque su hijo tiene hambre...

## El anciano que se le olvidó a la muerte...

Hace mucho que me vi desnudo por última vez frente al espejo. No he querido ya verme, me parece que he de estar hecho jirones, que las telarañas me han llenado todo por dentro, que en algún lugar de mi cuerpo anidan gusanos que han germinado con el paso de los años o que me estoy haciendo pedazos, que tengo la cara cuarteada, hecha de tierra seca como esa tierra en la que ya no puede crecer nada. Hace mucho que todos se fueron. Tengo más edad de la que yo mismo quisiera. ¿Que ordene los hechos de mi vida dice? Ya no escucho bien, perdóneme. Déjeme hacer un intento... Cuando tenía setenta años murió mi esposa, entonces pensé que ya no me quedaba mucho tiempo en este mundo, que la acompañaría como se acompañan los viejos que han estado juntos cuando se va uno de ellos ¿sabe?... Un día me quité la ropa y me eché en el colchón

a esperar a que la muerte me encontrara ya acostado para no darle trabajos, desnudo como había venido para que las moscas y los gusanos no hallaran problema, que viera que yo ya lo que quería era morirme, que no le pensaba oponer resistencia, pero pasaron dos, cinco, treinta años. Ya sé que tendría que empezar cuando yo era un niño o cuando era joven pero es que esa etapa no la recuerdo bien a bien. Veo el rostro de mi madre ya borroso como una fotografía vieja, ésa es otra, no tengo fotos, la primera es ésta que usted está tomando. Pero no me la enseñe, no quiero verla...

El anciano clava en la tierra la mirada, como queriendo hacer que algo germine, como queriendo arrancar de ella los recuerdos, como si escuchara la voz de sus muertos...

Lo que sé es que mis hijos nacieron cuando yo andaba allá por los diecinueve, figúrese. Ahora sé que no había vivido nada, y yo que ya me creía muy hombrecito para andar dejando hijos, luego mientras yo estaba esperando la muerte ellos se me fueron yendo, el último falleció cuando yo tenía 125, de eso me acuerdo bien. Cuando él nació yo tenía 35, anótele ahí... Luego los nietos, mis nietos también se murieron, uno no debería ver eso, uno debería morirse antes que ellos porque así es como deben ser las cosas, dos de ellos se murieron de nacidos pero a todos los otros los vi morir de viejos, nadie sabe lo que se siente eso, ver a los nietos llegar a viejos como uno llegó a viejo también. Pero la muerte es una idiota, con perdón de usted. Yo le quise echar la culpa a Dios pero es que cada uno tiene una tarea. Tengo 180 años, se le olvidó pasar por aquí... Usted que dice que escribe, escriba eso a ver si lo lee ella y se da cuenta de su tontería. Tengo 180 años y sigo esperando que se dé cuenta de que me le olvidé en esta parte de la Tierra...

## Entre la ropa de un muerto

Soy humano y nada de lo humano me es ajeno

TERENCIO

**Estoy en una hacienda antigua** en el Estado de México, me están maquillando, vine un poco a pesar mío. Mientras aplica la base esta muchacha contratada por la producción independiente en que trabajo, me cuenta que trabaja como maquillista en Televisa con aires de superioridad extraños, pienso en lo falso de todo esto, lo pienso, sí, pienso en el vacío como tantas veces antes. Estoy en una crisis que me viene desde tiempo atrás, del tiempo en que esperaba a dar función en algún teatro y esperaba entre la penumbra salir a interpretar a un personaje, y vi los rostros hieráticos, muertos, nimbados por los cenitales del escenario, de los que esperaban salir a escena para pretender parecer vivos, luego la vuelta al vacío, siempre el vacío... ¿Por qué Maissner, Strasberg,

[65]

Stanislavski, Chéjov y todos ellos no hablaron de lo estúpido que en algún fondo es todo esto?

Otra vez no sé qué hago aquí, se me ha hecho vicio llenar mis vacíos de este modo y es lo que estudié después de todo. Quisiera abrir el libro que traigo en la bolsa, beber del café que se enfría en la mesilla, pero me despintaría los labios y vendría otra vez el retoque que empieza a volverse molesto.

Hay otra razón por la que no quería venir, y es que es 2 de noviembre, la producción aprovechó el puente. Desde que tengo conciencia en esta tierra recuerdo que me han pasado cosas raras, por alguna razón tengo la sensibilidad expuesta. Choques leves, ruidos, peleas con la familia, sueños extraños. Pero es 2 de noviembre y estoy aquí.

La historia del cortometraje no es nada nuevo, aquí también, como casi todo lo que se graba, sea cineminuto, largo, corto o medimetraje, hay escenas de sexo, éste es de una chica encerrada en un cuarto. La chica está encerrada en contra de su voluntad y la viola quien la tiene encerrada, la golpea y entre tanto golpe y falta de oxígeno y de pan y agua, tiene alucinaciones y entre la penumbra la visita una mujer que la calma, que la besa, mi personaje es aquél. Una aparición. Nada extraño. Lo demás de la historia no vale la pena contarlo. Repaso el guion mientras ahora me peinan. Debí ser al revés, pero así funcionan muchas de las producciones independientes. Aparece en la puerta un chico de producción que parece no tener mucha idea de nada, la ropa que trae, que entre ella trae algo que bien pudiera ser un calzón, pertenece a su bisabuela, su madre se lo prestó para el día de rodaje. Yo sé lo que representa usar ropa de alguien más, y más si el “alguien más” está muerto.

No hay nada que hacer, o me pongo la ropa o no cuento con el dinero. Esto no es nada, son 350 pesos por dos días de rodaje, pero es algo. Debería cobrar más. Después de todo estudié y gasté en eso buen dinero. También tengo una licenciatura, pero todo eso aquí se pasa por el arco del triunfo. Si no lo hago yo lo harán 350 que están detrás, con menos estudios, claro. Quizá con menos talento, saldrán de debajo de las piedras. No debería pensar esto. Tomo la ropa y me sirve para liberarme de las tenazas calientes con que la chica de Televisa me lacera el cabello:

—Voy a probarme el vestuario, para que lo cheques. ¿Le puedes decir a Alex (el director) que venga a verlo?

¿Por qué extraña razón nunca se llaman Juan o Eusebio, o Ixcóatl?

—Sí.

Entro entonces al baño, me quito la ropa que traía conmigo hasta que quedo parcialmente desnuda. Voy colocando la ropa sobre el excusado y me pongo la de la bisabuela, algo va cambiando. He pensado siempre, desde que me dedico a esto por lo menos, que hay personajes que lo poseen a uno como en alguna suerte de acto chamánico, que se hacen conjuros. Los animales del teatro tendemos a la superstición, casi por natural proceso, no podemos dejarla de lado y a veces casi dependemos de ella. Algún maestro de teatro me dijo que los personajes merodean, como moscas pululan, como los muertos y se adueñan de uno cuando se dispone a abrirse para interpretarlo. Así siento la tela colocándose sobre el cuerpo, casi como si se adhiriera...

Hay que pensar en tres cosas, estoy vistiendo la ropa de una muerta, es 2 de noviembre, y tiendo a que me pasen cosas extrañas.

Es por una apertura, algo que no he podido cerrar en todos los años que llevo en este planeta.

Termino de ponerme el vestuario y me topo en el proceso de ajustarlo con mi reflejo, donde me estaban maquillando no tenía uno delante. Siempre es de muchos modos excitante mirarse después de un proceso de maquillaje para interpretar a un personaje. Soy otra. Pero hay algo distinto, ya antes lo he sentido, me viene a la cabeza la vez aquella, la primera de hecho, en que me puse a escribir el anecdotario de una niña de la calle que se llamaba “Pelusa”, era un personaje enteramente creado por mí, desde las entrañas. No desde la dramaturgia de un alguien externo. Lloré entonces, lloraba mientras escribía tendida en el escenario de un teatrino porque “Pelusa” y yo, ahora lo entiendo, nos fundimos, esta niña que vivía en una coladera del centro histórico de la Ciudad de México me mostró cosas inimaginables a nivel humano. Entré en un trance y cuando paré por ir al baño y me vi al espejo, me impresionó mi rostro, y no me reconocí de pronto. Por unos segundos no supe quién era. Sentí al agua del lavabo correr por mis dedos y bajé inevitablemente la mirada. Cuando la subí todo volvió a ser real. Y me reconocí. Era yo. No la niña aquella. No he olvidado nunca esa sensación. Los personajes nos poseen. Y se establecen conjuros de muchos modos. Con el vestuario, con la cámara, con el pensamiento, con la escritura...

Vuelvo al presente, ésta, la que está frente a mí soy yo. “Esto no es sólo el maquillaje”, pienso. “Es la ropa”, porque no hice un proceso antes, lo tengo claro. Y un escalofrío me recorre el cuerpo y se aloja en la columna, vértebra por vértebra, entre los espacios, en los huesos.

“La actriz está lista”, escucho... Llaman a la puerta.

Abro.

Me ven vestida y sé que no entienden un ápice de lo que pasa, pero desde algún lugar lo reconocen.

—Qué diferente te ves.

—Sí.

No voy a explicarlo. Perderé por completo el tiempo. Visto la ropa de un muerto. Visto la ropa de un muerto.

Avanzo y siento las miradas encima. No es que me vea guapa, pero ni ellos pueden nombrarlo.

Vuelvo a las tenazas, apenas porque hay que grabar ya, esto pasa con las producciones. Se retrasa todo siempre. Uno llega a las seis de la mañana y se empieza a grabar a las nueve... Con mucha suerte...

Empezamos a grabar y algo va distinto en mí, no lo he convocado, es que estaba abierta. Cambian los movimientos, miro distinto pero no puedo hacer nada para impedirlo...

Alguien subió al domo para tapar la luz del sol que se filtra y poder grabar sin cambios de iluminación no controlados. Se escucha un estruendo. Algo que cae al piso.

El director detiene la grabación y salimos corriendo del cuarto en que se graba —el más cercano al domo— y vemos a alguien de producción pendiendo del techo. El cielo se asoma por el lugar en que antes estaba el domo y los pedazos de vidrio del que fuera están regados por el piso.

La otra actriz grita. Yo me detengo cuando veo la imagen. Me petrifico. Pero hay algo, hay un disfrute en el fondo. ¿Qué es esto?

Todos corren para hacer algo, le dicen que aguante y van corriendo por algo para amortiguar la caída, no puede hacerse de

otro modo. El que pende del techo no es delgado, ni se acerca al adjetivo. No va a aguantar mucho. No quiero que aguante. Quiero ver la caída.

“Yo no he provocado nada, no soy parte de esto. Yo estaba grabando”, pienso. Cierro los ojos para obligarme a no verlo.

Entonces se suelta. Cae entonces. Se escucha el golpe seco de la cabeza contra el pavimento.

“Hay que llevarlo al médico”, dice la madre de alguien, la de la hacienda. El muchacho aúlla. Luego se aturde. Está lívido. Dice espantado que es como si lo hubieran empujado. Repite que lo empujaron. Se lo llevan al hospital, tenemos que quedarnos a grabar nosotros. El proyecto tiene que salir a pesar de todo. La crueldad de todo esto.

Grabamos dos horas más y es todo.

La atmósfera se ha densificado. Me quito la ropa. Mientras comemos se escuchan gritos, el director y alguien de producción pelean, discuten por los tiempos y por lo que cada quien no hizo. Corren los que estaban conmigo a aligerar la tensión de adentro. Me quedo sentada en la mesa comiendo, lejos. No sé en dónde pero lejos. Incluso de mí misma...

Recibo la paga y subo al transporte público.

Veo a la gente desde un lugar distinto. De algún modo todo lo que veo es nuevo. Habito entre dos tiempos.

Viajo en el metro. Siento ganas de correr y corro. Avanzo como si me fuera la vida en ello... Llego al último transporte y a partir de ahí tengo que caminar a mi casa.

Las lágrimas me corren, me miro las manos y las veo nuevas. Tengo la carne fresca. Tengo que apurarme. No voy a vivir siempre.

No siempre voy a ser joven. Corro. Corro y las lágrimas conmigo. Tengo una euforia extraña. Atravieso la calle y esquivo un coche que casi me atropella. Corro. Llego.

Mi madre está en la cocina. Me mira.

—¿Qué tienes?

—Nada —digo.

—Te ves rara.

—Déjame en paz, solamente voy a vivir una vez, ¿no ves? La vida se está yendo y tú con tus tonterías.

La miro y me mira porque no entiende. Empiezo a llorar. Pensará que estoy drogada, pero esta mujer que tengo enfrente es sabia.

—¿Qué hiciste? ¿Dónde estuviste?

Lloro, no puedo controlarlo. Voy a bañarme. Me quito la ropa y ando hasta la regadera. Decide dejarlo por la paz y se interna en la cocina.

Entonces me miro al espejo. Veo rostros detrás de mí que parecen salir de los azulejos y se reflejan en el espejo, es como si fueran de humo y no como los pintan todos. Sin estar, estando. Empiezo a entrar en pánico.

—¡Mamá!

—¿Qué quieres? —escucho la voz lejos, muy lejos...

—Mamá, mamá —grito y parece más un aullido. Entra.

—¿Qué ves ahí? ¿Qué ves en el espejo?

—Nada. Ya vas a empezar con tus cosas, voy a seguir haciendo la comida.

Lloro. Lloro fuerte y empiezo a temblar. Siento mi rostro contraerse. Entonces me abraza. Ella entiende.

—Están ahí, mamá. Están ahí. Quieren llevarme —me recarga contra el pecho y me lleva a la sala.

Yo veo cosas que se asoman a la puerta, que se asoman por la televisión de la sala hasta donde me lleva. Sigue abrazándome.

—Dime qué pasó.

Entre el llanto le digo todo. Alguien alguna vez le dio el teléfono de algún espiritista. Lo llama. Le explica y yo escucho todo lejos. Dice que llega en cuanto pueda.

Tras media hora llega.

Me mira. Parece que sabe algo que yo no. Nunca he confiado en esta gente pero me dejo hacer porque no puedo hacer otra cosa. Me dice que me tienda en el piso y obedezco. Aún tiemblo. Aún el frío me recorre el cuerpo.

Me coloca en cruz sobre el piso y enciende una vela en mi cabeza, cierro los ojos. Dice cosas entre dientes. Una vela en los pies. Dos al final de las manos. Me siento en un féretro. Siento que personas me tocan y la que está en mi cabeza me acaricia el cabello como si fueran sus manos de alambre grueso.

—¿Qué sientes?— me dice.

—Algo como alambre. Algo como huesos.

Luego muchos colores. El rojo y el naranja más intensos.

—Eran mis muertos. Trabajan conmigo. Ya todo está bien.

Nadie me tocó nunca según mi madre. Aún hoy no sé explicar el hecho.

Dijo que se llevan así a la gente. Que empiezan a transtornarse y nadie sabe de dónde. Que les roban la luz. Que parecen enfermarse...

El director me entregó la copia del corto tres meses más tarde. Le pregunté por el chico que pendía del techo, por ganas de saberlo...  
Se quedó callado...



## Hecho de infancia

Desde la cocina veo cómo las cosas que me han acompañado atraviesan entre otras manos las puertas de la casa de mi abuela. Tengo ocho años, hace dos que vivo aquí. Hay figuras oscurecidas al fondo, por la luz de las dos de la tarde que entra por la puerta, son mi primo y mi tía. Estoy llorando. Aún no sé lo que me espera pero lo adivino, y siento desde ya la ausencia de otra figura que me ha cobijado: la de mi abuela materna.

Antes... en una anterior mudanza perdí los brazos de mi tío y hoy me toca perderla a ella. Digo que adivino porque de lo único de lo que tengo certeza es de que me voy a un lugar casi desconocido, a una casa hecha de tierra, enorme, con pasillos largos y un tapanco que me aterra, en aquella casa la luz es bajita; los árboles arañan las piedras incrustadas entre la tierra y parecen garras, afuera, para

internarse en ella, hay que cruzar algo que llaman “huerta”, hay árboles frutales enormes y el pasto verde, vivo, alto y delgado que parece ocultar todo el tiempo algo. Las paredes de afuera son también hechas de tierra y en algunas partes se están cayendo. Ésta era la casa de algunos fines de semana de mi familia; allá vive un hombre antiguo que la cuida, que se llama Luis, que cuando llegamos “hace como que barre”, el hombre no habla mucho y cuando deja escapar palabras apenas, el olor a alcohol nos llega hasta donde estamos.

En aquella casa nunca hay qué comer, me imagino que me espera el hambre, el frío porque lo he sentido, porque allá los volcanes se ven desde el jardín de la casa bañados en nieve. Vamos a estar solas, otra vez, voy a vivir con la mujer que hoy me arranca de los brazos de su madre, la mujer a la que solamente llamo María.

## La enfermedad y sus puertas

Hay un calor que te aturde, algo entre las paredes te sofoca, te asfixia. El hombre que está a tu lado, moreno, de corte animalesco no brinda como siempre ningún consuelo, el aire comienza a volverse irrespirable. El sonido de la televisión encendida te llega desde abajo, ese sonido molesto. Éste no es un lugar para ti. Este cuarto en que te encuentras, tiene siempre un aire lúgubre, frío, las paredes desnudas son de un color azul horrible y todo aquí tiene impregnada la esencia del hombre que respira echado a tu lado. Ésta es su casa, es su espacio. Has sentido esta sensación de asfixia antes, de estar perdiendo entre todo esto, pero jamás tan fuerte.

Él te mira con cara de que no entiende pero de que algo siente, y tú ya casi sudas de tanto calor, de algún esfuerzo por mantenerte en tus cabales, pero es que él nada entiende normalmente, la cara de

extrañeza, de ojos faltos de inteligencia se depositan, con angustia en tu rostro, como de un animal que teme tu ataque. Es esta misma cara que pone cuando has salido a caminar con tu perro a las doce de la noche bajo la lluvia por este pueblo, o cuando te recostaste sobre la hierba mojada de un jardín también a la media noche, o cuando le narras teorías de la vida, o cuando pretendes leerle, pero queda en eso, en una pretensión porque las letras no llegan a hacer su efecto y este hombre transita entre tus palabras como un ciego pretendiendo hallar sin las manos alguna puerta, estrellándose a cada tanto.

Si lo quisiste fue porque te resguardó cuando la locura estaba cerca, cuando la depresión te tenía de las muñecas, y de la cintura y de la cabeza y te acariciaba frenética, y con hambre te repasaba hasta los pliegues de la carne con la lengua. Porque llegaba al lugar en que te resguardabas y tú estabas llorando, y ya habías escrito unas cuantas páginas, y todo olía a cigarro y había una copa de vino con media botella vacía sobre la mesa. Sola, entre los libros y la penumbra, con dos velas que, por grande, no alcanzaban a iluminar la estancia, escuchando las voces de los que te dictaban, y le explicabas, y ahí empezaste a conocer estas caras de animal apaleado. Aprendiste a quererlo porque no había más a quien querer, porque sin juzgar venía y te arrancaba de tu cárcel de ti misma, y se volvió en tu compañía como haría un perro, sí, el que viene y nada juzga y se echa a un lado con el cuerpo caliente y la respiración que por el solo hecho de pertenecer a algo vivo, te alivia. El animal que no precisa entender nada, el que lame la mano, y que por razones que no abarcas te admira, y es feliz sólo con tu escasa mirada...

Tú te sentías muy perdida, y él ofertaba algo que esperar entre tanta soledad tan férrea, con la simpleza de un té caliente que en otro momento nada significaría, en uno de calor por ejemplo, pero que tras la tormenta te devuelve la fe, y adquiere un valor impresionante una sola tacita.

Así accediste a venir a su casa, a conocer a su familia, todo aquí es tan normal, tan tradicional que te maravilla porque no has tenido esto antes. ¿Cómo puede vivir así la gente? Es la pregunta que llega hasta tu cabeza siempre, con las mañanas siempre iguales de desayuno a las nueve, comida a las tres, cena otra vez a las nueve, gente que transita por la casa grande y bien cuidada, del quehacer que se hace sin falta siguiendo el mismo patrón, siempre. Las charlas sobre lo mismo con sus variaciones, pocas, de nombres, de colonias, de calles, de enfermedades, las comidas en familia, las salidas, los domingos de quedarse tendidos en este mismo cuarto, todo el día, sin hacer nada, viendo películas, las más de ellas atentando contra la inteligencia y el buen gusto. Con tus ganas de salir corriendo a escribir, de agarrar un libro, de largarte a buscar refugio a una cafetería, a los amigos que has perdido por mantenerte aquí, pagando el rescate, agradeciendo con tu presencia, pretendiendo salvar con amor tus carencias de desarrollo intelectual.

Acá has encontrado cosas que no tuviste mucho tiempo, por ser la libertad en todos sentidos la principal fuente, aquí todo es tibio, la rutina entrega seguridad, él quiere tener un hijo contigo y te habla de eso todo el tiempo, te mira como quien mirara a alguien que ha decidido bajar del cielo a habitar y llenar de prosperidad su casa, lo que es verdad es que él ha empezado a hacer dinero desde tu llegada. Que ha hecho prosperar un negocio y está iniciando otro,

que ha comprado una camioneta... y te habla de tu futuro y te aterrera, cuando nos casemos... repite... cuando nos casemos... antes pretendió persuadirte para que trajeras tus papeles de la otra casa, Trae tu acta de nacimiento y tu IFE y nos casamos en el Registro Civil, tú sólo lo escuchabas, y te evadías con cualquier cosa, o salías a caminar al jardín de esta otra casa herencia de tu familia, ahora no tienes ni eso, hace mucho que no vas a tu casa estando tan cerca, de algún modo este hombre te ha ido cercando. Llevada de las manos del amor que da el agradecimiento a la jaula de la relativa seguridad que te oferta.

Pero esto es una jaula, por supuesto. Pero si te quedas vas a vivir toda una vida, a entrar a la rutina, a ver pasar los años como los han visto su madre y sus hermanas, y su padre y sus cuñados, sumidos en una atmósfera irremediable. Ahora todo eso viene, ahora lo miras con terror, la jaula es irrespirable... y mientras te mira, te levantas, te sacas la ropa, te desnudas a todos los niveles en que se puede, avientas los zapatos, él no entiende, sabe que puede esperar cualquier cosa...

Y abres la ventana grande, y se da cuenta entonces pero a ti ya nada te importa, tú ya nada sabes... quieres ir a tu libertad que te llama, que está allá afuera, entre los árboles, en el frío de la noche, en el agua que cae, suave, que te abraza. Allá, lejos, miras los volcanes llenos de nieve y quieres saltar, vas a saltar para llegar a un lugar lejos, lo más lejos que se pueda de todo esto que te parece el infierno. Pasas de la azotea a otra, tu cuerpo desnudo se baña de la lluvia y empiezas a ser uno con ella...

Escuchas el grito de la madre, está corriendo en la azotea, está desnuda, oyes, pero ya estás relativamente lejos, vas a llegar, vas a

alcanzarla, sólo hay que saltar... y unas manos calientes te toman del cuerpo, son fuertes, como ganchos, como garras que se internan en tu carne blanca, fría como la luna, fría como aquella lluvia, fría...y te arrancan de todo esto, de este universo que es el tuyo... Y te meten por la ventana, te devuelven al cuarto, frases entrecortadas que escuchas a medias...

Entran la madre y el padre. Estás desnuda, estás mojada, y empiezas a llorar con un sentimiento que te duele en todo el cuerpo, que te empequeñece. De pronto vienen las emociones más acordes a esta casa, a las sociedades, a la educación: la pena, la humillación, el desconcierto. Te miran con desaprobación... la sociedad es la que te mira.

Pero tu libertad... tu libertad...



## La esperanza es un animal, con ganas de comer en todo momento...

Este hombre de cincuenta, de músculos hipertrofiados trabajados a fuerza de cinco series y 10 repeticiones en el gimnasio, se acerca a ella que se maquilla perdida en el espejo, como en una suerte de trance natural, en otro mundo, está en un periodo de transformación de su cuerpo y de su mente y esto no es algo que se inventa como hacen tantos actores, sino que sucede y que se hace evidente para quien la vea. Él se ha sentido atraído hacia esta hembra desde la primera vez en que la vio hacer este mismo personaje que la arrebató y al que ella se entrega con amor, ella es una artista con vicios de muchas artes, que permite que las voces sean en su mente y en su cuerpo, es un ser de naturaleza sensible, que no se ha rendido al dinero, ni a las fruslerías.

Él no, este hombre es enteramente cuerpo, de dinero, de sexo... si bien el rostro que le ha sido entregado no es bello, es varonil, alto, y estas particularidades además se coronan con la voz misma de la mucha testosterona y una personalidad que vuelve cualquier espacio su territorio porque todo lo llena. Ella lo había visto ya antes, pero no se interesó demasiado como normalmente no se interesa por los humanos que se encuentra a su paso. Él se le para a un lado, le dice que sabe que es muy profesional, que se cubra del frío porque puede enfermarse. Ella se limita a sonreír, a decir sí, claro, sin dejar de maquillarse, sin voltear a verlo, a seguir en su proceso, lo ignora para ser claros, ésta es la primera vez que escucha su voz, le daba una curiosidad extraña saber cómo hablaba ella. Él se queda parado a un lado, viendo cómo se maquilla, sin saber qué más decir, porque los aires de este ser que es ella, sin tener esa intención, están cargados de desdén. Así que él ya no sabe qué más decir o hacer, se siente ridículo ahí de pie, permanece unos segundos esperando a que ella le diga algo, o que venga algo más que decirle a ella. Pero el silencio es claro, para ella la conversación —si a eso se le puede dar el nombre— ya terminó. Ella no va a hacer amigos, no va a conseguir novio y tampoco va a contaminarse con nadie, está segura de que la relación con la gente termina siempre en un contaminante a su espíritu y sus ideales. Así que él, el que es el sueño de muchas, el que con sólo hablar derrite a cualquiera, decide darse la vuelta porque a ella no parece importarle, porque ya está lejos...

Hay algo sin embargo en la voz de este hombre que resuena en ella, de algún modo parece estar conectada a algo más allá de la intención y del cuerpo, algo en esa voz le entregó una sensación de

calor. Esta voz despertó algún animal que había dormido años... pero prefiere cerrarle la jaula para hacerlo dormir de nuevo.

La siguiente vez que se ven, ella otra vez no es ella, sino aquel personaje que la embriaga y la arrebatada, verla es como presenciar un milagro, la energía le sale a chorros y jala la atención de la gente, se mezcla con muchas posibilidades, es difícil no enamorarse de aquel ser que no es de este mundo. Y se desenvuelve con una naturalidad y una seguridad y una gracia que adormecen. Hay algo en ella muy poderoso que lo atrae y que no sabe decir qué es. Así que está en la puerta de entrada del lugar en que trabajan cuando regresa, saltando y gritando a toda voz con esa vitalidad que es arrebatada al ser social, y él le pide una fotografía. Lo que hay en él no es nada cercano al celo sino a la admiración, él habla con su voz de siempre, ella no lo haría jamás porque no es ella, a él lo sacará de contexto siempre que, fuera de la vez aquella en que la encontró a medio maquillar, no la ha visto sin maquillaje, o sin pupilentes o hablando “normal”.

Gracias, responde al reconocimiento de talento que él le entrega... El personaje encarnado en ella, mientras gira la cabeza y extiende las manos a los lados en un gesto atribuible a un niño y se echa a correr...

Las siguientes veces casi no tienen importancia. Hasta él usa de pretexto una frase que ella cuelga de Alejandra Pizarnik: “y hay candado pero no hay llaves, y hay pavor pero no hay lágrimas” para hablarle. La invita a salir y ella desconfiada de todos siempre, decide que le cae bien como para verse...

Lo lleva a la cafetrería El Péndulo de la Condesa, para ella la literatura es la fuente, entre libros se siente siempre más segura, más dueña y su fluidez natural emerge y habla, habla de libros y

de letras y suelta algunas teorías, y habla de su amor a aquel personaje y le muestra un libro que ha escrito. Él la escucha, le habla pero menos, más bien la mira, le pregunta, la estudia. La vida de él puede reducirse a un resumen que ya tiene trabajado y que no pasa de los tres minutos, una vida de abusos de la cocaína, de trabajos convencionales, de pérdidas. La de ella es difícilmente abarcable, es un ser complejo, extraño, enigmático. Con una fuerza en la palabra que es extraña porque es distinta a la de él. Distinta a la de todas las mujeres que ha conocido y se lo dice: Tu plática es muy diferente, es como si vinieras de otro mundo.

Ella es más grande de lo que su edad pretende, ha estudiado mucho, es culta y es dueña de una visión del mundo que para él resulta ajena, ésta es la otra sorpresa, tras aquel personaje, hay un ser que es también irresistible. Después ella compra un libro, y le habla mientras se pasea por entre los libros, con esa voz fuerte que le sale cuando se siente en confianza, cuando no se siente amenazada. Se hace tarde, son casi las diez y han de irse. Lo siguiente son mensajes que se envían en que ella no puede evitar sentir desconfianza, que alimentan la esperanza, que alientan las posibilidades de algo que merezca la pena de no salir corriendo como tantas veces ha hecho y que, a pesar de ellas, se defiende con el ego para no sucumbir a uno que quizá la quiera para lo único que pretenden pensar que está hecha y que la ofende, siempre.

Y entre todo llega el mensaje siguiente: ¿Te puedo invitar a cenar? Y ella cede... Espera esta hembra extraña que le salgan alas para llegar a su encuentro. Llega atropellándose desde el Palacio de Bellas Artes vestida de esperanza, y llega. Y él llega minutos después, a ella se le salta el corazón cuando mira el carro. Durante la cena ella

habla de todo lo que la ha hecho, le cuenta algún par de cuentos y entre el llevarse a la boca el vino y la pasta, la mirada se le pierde viendo lejos, como en otra parte... Esto es ella, es esta seguridad que le vuelve cuando no lo tiene de frente porque de frente la turba. Él no habla mucho, habla otra vez de asuntos triviales. Cuando terminan de cenar, a eso de la una, tras abrirle la puerta del carro, maneja durante una hora para dejarla en su casa. Ella le va contando de religión, después le lee un libro que trae en la bolsa, viejo a fuerza de tantos repasos, porque éste es su libro favorito. Después le lee él. Se despiden dos horas después. Son las cuatro de la mañana.

La siguiente salida, está decidido, irán a una cascada entre los volcanes que se yerguen imponentes. Ella se turba, como siempre que lo mira, esperando recargado en su carro, esperándola, abriendo los brazos para recibirla. Ha llegado tarde, como normalmente le pasa, entregada a la idea de que “la puntualidad es un ladrón del tiempo”. Y se tropieza con su pie, y siente un poco de pena, baja la mirada. Sube al carro, y otra vez se adueña. A él le resulta encantador el gesto, la escucha atento todo el camino mientras ella habla de todo...

Las cosas están dadas... Hasta que llegan andando a la cascada, tomados del brazo. Y se sueltan y ella se entrega a la naturaleza. Desde todo su ser y el pensamiento. Soltarlo para ella es soltar lo que la ancla a la humanidad...

Están de pie frente a la cascada, ella se acerca. Anda a paso respetuoso por sobre las rocas, coloca las manos sobre el agua, la saluda. Se sienta y contempla, sólo contempla. Y él la contempla a ella extasiado. La mira lejos, por alguna razón. Sabe que no debe molestarla,

pese a que por alguna razón cree que debe detenerla, llevarla de vuelta como si presintiera algo.

Pero ella ya se ha entregado, y pide con los ojos cerrados y las lágrimas corriendo, desde su enamoramiento del hombre que está detrás de ella, que se mantiene alejado de la cascada como se alejaría de un perro que sabe que va a morderlo: Si este hombre no viene a contribuir a la labor que me ha sido conferida en esta tierra, quítenmelo. Yo acepto entera el sacrificio por mucho que duela. Si no va a hacerme bien, quítenlo....

Y abre los ojos, y lo mira a él con la esperanza...

El rostro varonil es casi demoniaco, mira toda la maldad en el rostro que antes se le antojara varonil, lo mira horrible.

Después vuelven. Ella trata de entretenerlo, ella que casi no debe esforzarse para enamorar a los hombres, va esforzándose con el único que la ha enamorado desde el primer momento, el que posee la misma oscura energía que la engancha. Cuando llegan a donde principió todo, ella siente que la energía se corta entre ellos como por el efecto de alguna espada que no puede ver. Y siente ganas de llorar y no lo controla, y llora hasta que hipea, porque sabe que ya no van a volver a verse. Él no entiende nada de lo que ha pasado. No va a enterarse nunca. Necesitó de la ayuda de las fuerzas naturales, porque de otro modo todo se hubiera dado... y quién sabe cómo hubiera sido eso.

Él se despide de ella. Ella pide que no la olvide entre todo el llanto...

Y se aleja del carro, sin voltear, sintiendo que le ha sido arrebatado algo que ha esperado.

Pero está hecho, y sabe que aunque le explique, aunque lo busque y hable con él y aunque utilice alguna artimaña, él no volverá, además no va a entenderlo.

Las fuerzas han actuado para protegerla. Él ya no siente nada por ella.



# Índice



9	Prólogo
13	De madera
23	Vendrá la realidad como viene la muerte
33	Rabia
37	Desencuentros
45	A tu pueblo vuelves, Consuelo
51	Un solo día
59	Madre
63	El anciano que se le olvidó a la muerte...
75	Hecho de infancia

77 La enfermedad y sus puertas

83 La esperanza es un animal, con ganas de comer en todo momento...



*Memorias de extraños*

*seres que no se acostumbraron a la Tierra,*

de Sir Brenda Mítchelle, se terminó de imprimir en agosto de 2017, en los talleres gráficos de VEI Visión e Impresión, S.A. de C.V., ubicados en Nogal núm. 51, colonia Santa María la Ribera, delegación Cuauhtémoc, Ciudad de México, C.P. 06400. El tiraje consta de mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica *Borges*, de Alejandro Lo Celso, de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz, Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación, supervisión en imprenta y portada: Arturo Castrejón Rodríguez. Cuidado de la edición: Gustavo A. Guerrero Rodríguez, Delfina Careaga Becerra y la autora.  
Editor responsable: Félix Suárez.









